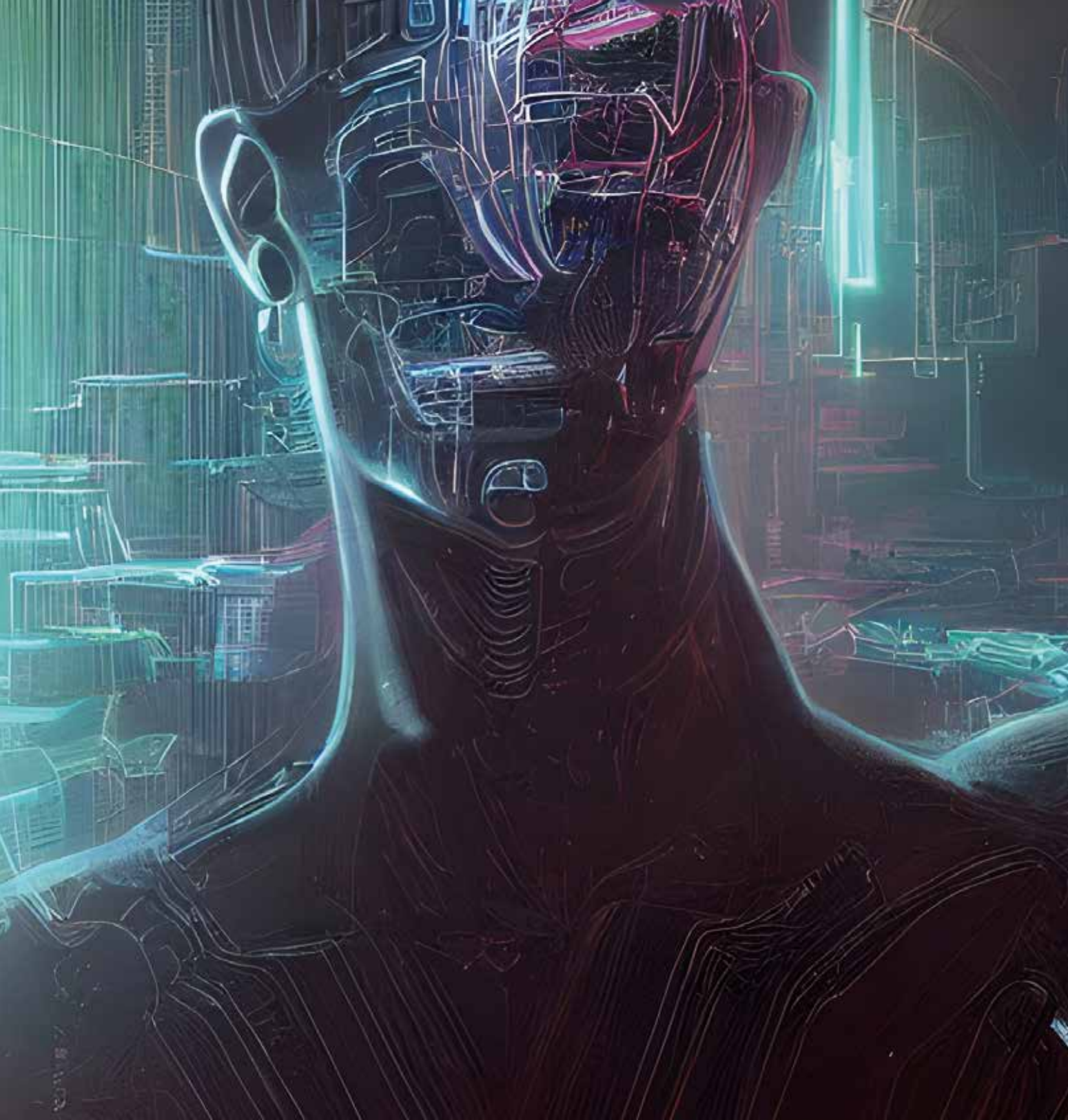


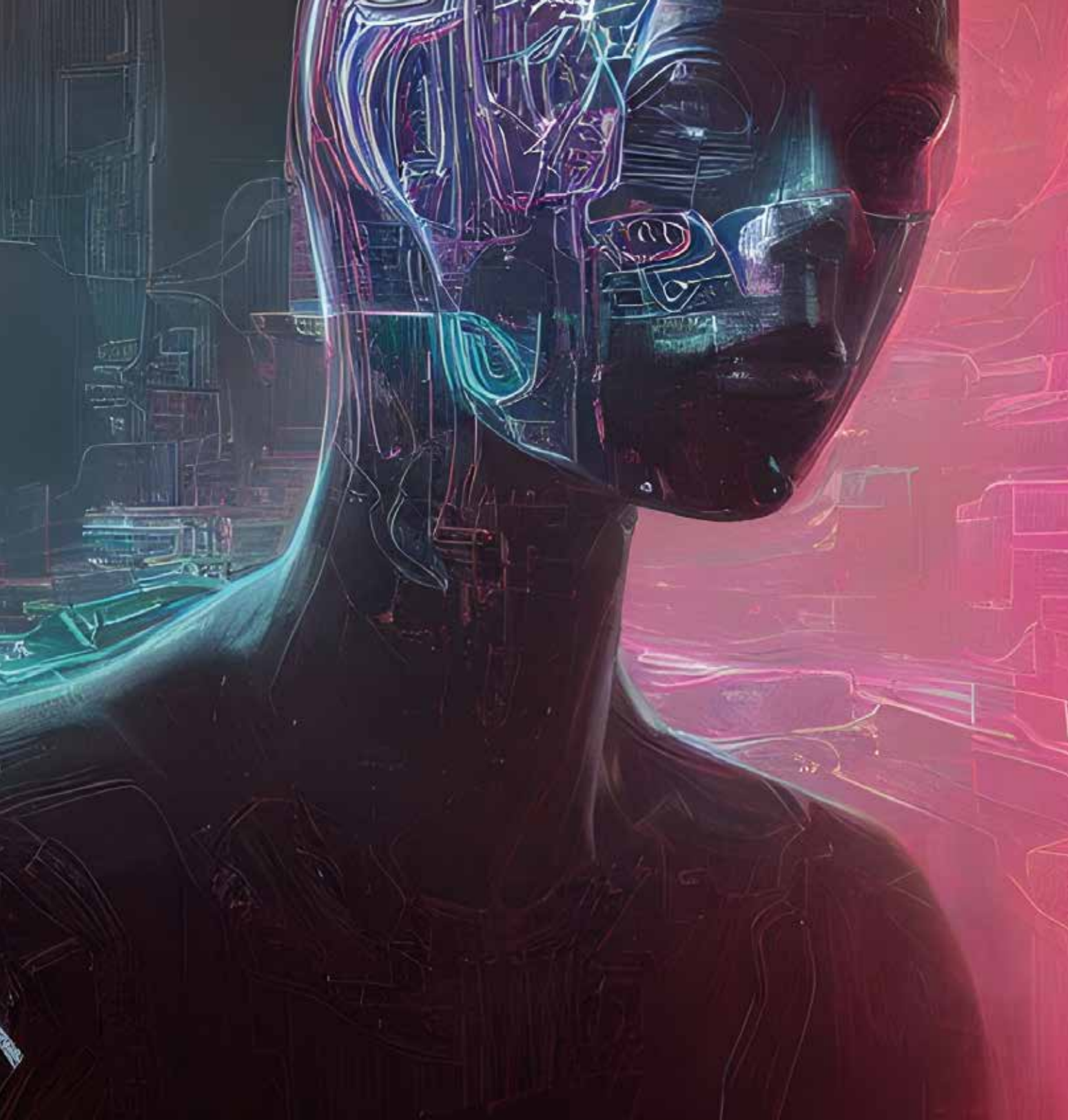


VOLUMEN 5. NÚMERO 1

espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual







espol
Escuela Superior
Politécnica del Litoral

Facultad de Arte, Diseño
y Comunicación Audiovisual

VOLUMEN 5. NÚMERO 1



espol Facultad de
Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual

Autoridades

Cecilia Paredes Verduga, PhD.

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Paola Romero, PhD.

Vicerrectora de Docencia

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos Monsalve, PhD.

Vicerrector de Investigación

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Nayeth Solórzano Alcívar, PhD.

Decana FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos González Lema, MSc.

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Paola Ulloa, PhD.

Gestión de Apoyo y Difusión

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Consejo Editorial

Alla Kondratova, MSc.

Ariana García, MSc.

Diana Macías, MSc.

Daniel Castelo, MSc.

Omar Rodríguez, MSc.

Comité Externo

Arturo Cervantes
Universidad de Buenos Aires

Raúl Serrano
Universidad Andina Simón Bolívar

Cecilia Vera de Gálvez
Universidad Católica Santiago de Guayaquil

Vicente Robalino
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Galo Torres
Universidad de Cuenca

Claudio Pozzani
Universidad de Génova

Paola Ricaurte
Tecnológico de Monterrey

Staff

Marcelo Báez, PhD.
Director

JD Santibáñez, MSc.
Director de Arte

Daniel Castelo, MSc.
Jefe de Redacción

Ariana García, MSc.
Jefe de Diagramación

Imágenes

Deep.AI
HotPot.AI
Leonardo. AI
Death to Stock
Daniel Castelo, MSc.

Portada/Contraportada

Deep.AI

AI Prompts

JD Santibáñez, MSc.

Informática

Diego Carrera, MSc.



Editorial

En agosto de 2024 nos vemos con el Gabo

El presente número de *Pixelettras* nos trae algunas novedades. La primera es un capítulo de *En agosto nos vemos*, la novela inédita de Gabriel García Márquez que publicará Random House en el 2024, anunciada precisamente para agosto. El episodio que aquí reproducimos fue editado originalmente por la revista *Cambio*, luego fue leído por el premio Nobel colombiano en la Casa América de Madrid para finalmente recalar en las páginas de diario *El País*.

En la sección de *Poesía* tenemos como primicia unos poemas inéditos del guayaquileño Carlos Rojas González (1941-2019); en el bloque novelesco compartimos un par de capítulos de la novela póstuma de Miguel Castillo Lara (1952-2020) y el primer episodio de *El odio imposible*, novela que acaba de publicar en España el joven narrador guayaquileño Sebastián Silcaza; en la sección de narrativa corta editamos una selección de microficciones de Luis Antonio Aguilar Monsalve, más la pluma del maestro Raúl Serrano Sánchez que nos obsequia una reflexión casi novelesca de los tapices del artista plástico Maurice Montero.

Le dedicamos, además, un sentido homenaje al señor novelista norteamericano Cormac McCarthy (1933-2023). Hemos usado dos fuentes para poder elaborar la necrológica: un artículo aparecido en *The Guardian* y otro en el *New York Times*. Se trata del narrador americano por excelencia, autor de *No es país para viejos*, esa joya que luego fue adaptada al cine por los hermanos Coen.

Para este número hemos rescatado una entrevista (publicada en el periódico *El Espectador*) de mediados de los años noventa del siglo pasado, de Umberto Eco. Haciendo gala de su erudición el semiólogo italiano nos da una lección sobre la necesidad de preservar el libro,

nos recuerda que el artefacto libresco no va a desaparecer, que inclusive para lo digital necesitamos a menudo de la impresora. Increíble que el profeta de los *mass media* haya acertado desde siempre que el libro no iba a desaparecer.

Otra primicia es la traducción de Marcelo Báez de *Los libros de Próspero*, un largo texto escrito por el cineasta británico Peter Greenaway. Es la primera vez que se edita en español este texto completo. Como curiosidad publicamos un cuento de la estadounidense Lorrie Moore, dueña de un estilo único en el que combina el humor corrosivo y pinceladas de melancolía existencial.

Este número sale al aire en un momento social realmente convulso. Una epidemia de violencia azota a la sociedad ecuatoriana, especialmente a la guayaquileña; la temperatura sociopolítica local está cada vez más difícil de ser tomada o medida; y, finalmente, el tema de la inteligencia artificial está cada vez más en boga, haciéndonos dudar del concepto de autoría en cada cosa que leemos o creamos, de hecho, muchas de las ilustraciones que se incluyen en este número son generadas de manera artificial a partir de una serie de instrucciones específicas dictadas a un software, plataforma o aplicación. Aunque el filósofo judío Yuval Noah Harari preconice que la IA ha hackeado el sistema operativo de nuestra civilización, la revolución post-digital apenas empieza.

En tal caso, hacemos de esta revista literaria la trinchera semiológica desde la cual plantear nuestra lucha cotidiana.

(Este texto no fue escrito con inteligencia artificial).

Marcelo Báez Meza, PhD.

Director *Pixelettras*

Pixeltras, Revista Literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes, profesionales de la Comunicación, amantes del Arte y la Literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.

Poesía

Corretear dentro de uno mismo sin tener salida. Carlos Rojas 14

Quédate con tu Borges. Nicanor Parra 16

Entrevista

Cuestionario Proust-Pivot. Responde Maritza Cino 20

Cuento

Transgresiones y Otros Relatos. Luis Aguilar 26

Maurice Montero: La Trama de Tapiz Raúl Serrano 32

El Pasillo de la Mona Lisa. Denisse Córdova 38

Novela (Fragmento)

De Bicicletas y de Lunas. Miguel Castillo. 44

La Noche del Eclipse. Gabriel García Márquez 52

El Odio Imposible. Sebastián Silcaza 58

In Memoriam

Cormac McCarthy 66

Miscelánea

Ni la Escritura es el Bien, ni la Imagen es el Mal 72

Cómo convertirse en Escritora. Lorrie Moore 78

Cenando con Murakami. Abdón Ubidía 88

Los Libros de Próspero. Peter Greenaway 92

Rookies

Lenguaje de los sin-futuro. Bismark León 106

Composición de Agonía. Bismark León 108

¿Qué perciben las Estrellas? Un árbol en el vacío. Guillermo Doylet 110

Juliana de Medianoche. Alexia Castro 114

Contenido

POE
SIA



Corretear dentro
de uno mismo
sin tener salida

CARLOS ROJAS

(Encuentro)

La emoción en nosotros una vez más

¿Será la misma de la foto?

Esa boca esas piernas torneadas

Proporcionados senos

(el miedo la raya del pantalón

los zapatos torcidos)

Sonrisas tomarse de las manos

Pequeños besos

Caminar

Esperando que llegue

(Metáfora)

Una muleta que permite apoyarse para decir las cosas

Una manera de buscar la totalidad del universo disfrazado en una palabra.

(Baile)

En el baile nos disfrazamos en otro tiempo

Ahora solo somos ritmo

Desplazados

Absorbiendo el espacio

Un espectador de nuestro movimiento

Giramos en algo que dejó su temporalidad para ser nosotros

Abajo el espacio se limita

Un espectador de nuestro movimiento

(Noche)

Los pájaros se esconden por temor a lo oscuro

La pasión se erige

Se instala en cafés

Esos gritos son tuyos

Se dirán palabras que mañana no tendrán sentido

(Amor)

De pronto se clausuró la soledad

Afuera el tiempo marcha a nuestro antojo

El viento se detiene cuando lo deseamos

Acá nosotros amasijados

(Espera)

Lo importante no es encontrar al sujeto deseado

Ese espacio entre el querer y el conocer

La espera debe ser la búsqueda de sí mismo

(Angustia)

Eso que nos corroe

Que impide el sueño

Que nos agita al borde

Corretear dentro de uno mismo sin tener salida

(Palabras)

Hay que detener su sentido

Que aparezcan cuando les dé la gana

Esperarlas morir desde cualquier ventana



QUÉDATE
CON TU
BORGES*

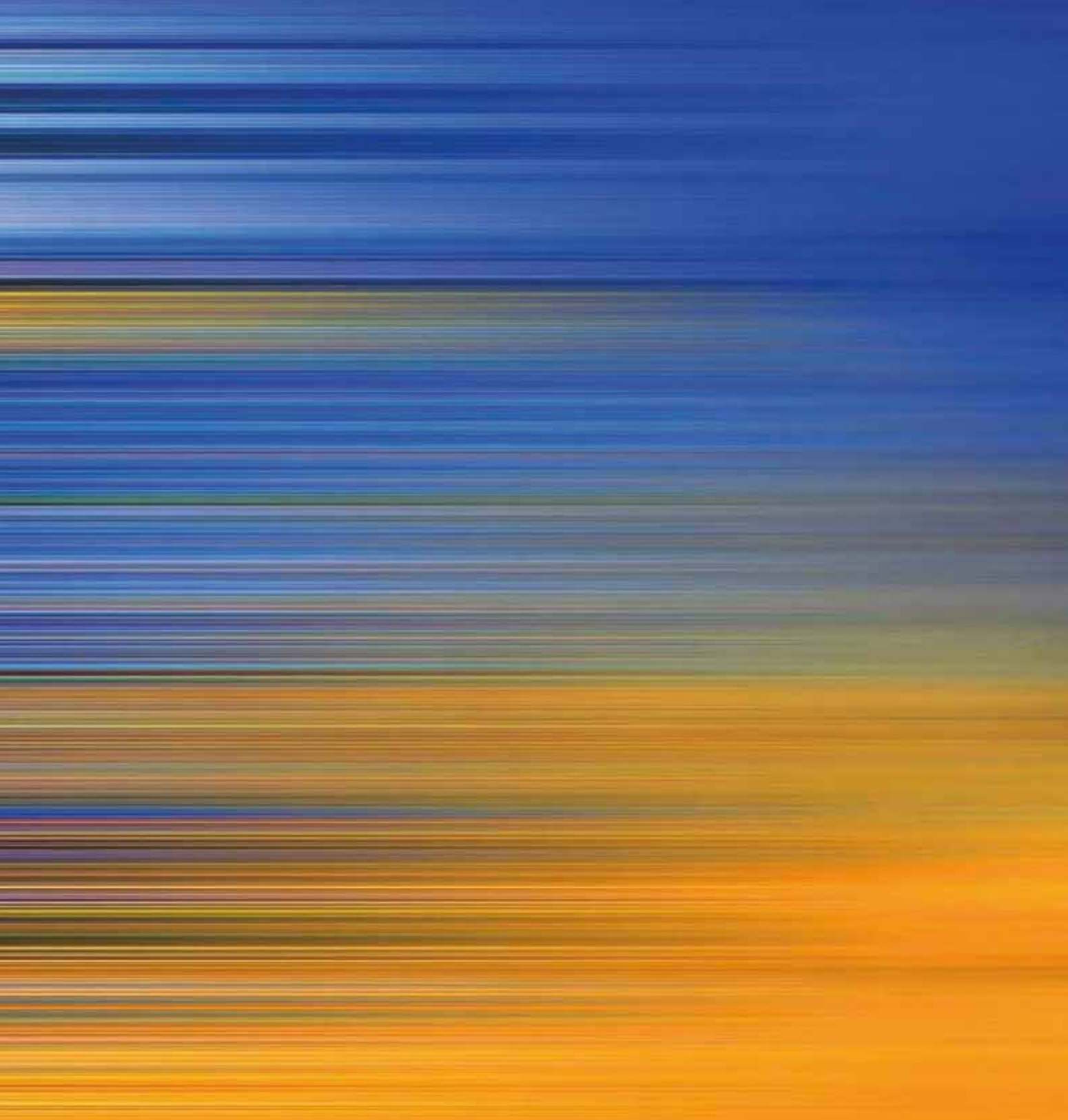
NICANOR PARRA

él te ofrece el recuerdo de una flor amarilla
vista al anochecer
años antes que tú nacieras
interesante puchas que interesante en
cambio yo no te prometo nada ni dinero ni sexo
ni poesía
un yogur es lo + que podría ofrecerte

*Epigrama en respuesta a *Two English Poems* de Jorge Luis Borges. Según detalla el escritor argentino, fueron escritos en 1934 pero apenas un fragmento de ellos aparece en 1935 en *Historia universal de la infamia*. Allí, figuran como epígrafe de la colección de relatos, junto con una dedicatoria, los versos centrales, por su posición y significado, de lo que posteriormente constituiría el segundo poema de estos *Two English Poems*:

I inscribe this book to I. English,
innumerable and an Angel. Also: I offer
her that kernel of myself that I have
saved, somehow—the central heart that
deals not in words, traffics not with
dreams and is untouched by time, by joy,
by adversities.

En 1943, los dos textos aparecen en *Poemas* (1922-1943) en su versión definitiva. Sin embargo, se los titula *Prose Poems for I. J.* No será hasta 1954, en la edición de *Poemas* (1922-1953) realizada por Losada, que ambas piezas portarán el título de *Two English Poems*. Los versos a los que hace mención el texto de Nicanor Parra son los siguientes: “I offer you the memory of a yellow rose seen at/ sunset, years before you were born.”



ENT
REV
ISTIA



CUESTIONARIO

Proust-Pivot

RESPONDE

Maritza Cino

El novelista francés Marcel Proust (1871-1922), autor de la monumental saga *En busca del tiempo perdido*, respondió con apenas trece años a un juego de preguntas y respuestas titulado “Confesiones. Un álbum para documentar pensamientos, sentimientos, etc.”. Las interrogantes estaban hechas en inglés, pero el escritor respondió en francés.

El cuestionario, como parte de un popular juego de salón, le fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, hija del presidente de Francia, Félix Faure. Años después, entre 1891 y 1892, un veinteañero Proust respondió en francés a un juego titulado “Las confidencias de salón”. Esta segunda versión traducía algunas preguntas de la versión inglesa e incorporaba otras. El manuscrito original, que se llegó a conocer como “Proust por sí mismo”, fue subastado en 2003.

Las preguntas proustianas siempre fueron recordadas como la versión victoriana de los tests de personalidad actuales, y fueron usadas por el conductor televisivo Bernard Pivot entre 1975 y 1990, en su programa *Apostrophes*, por el cual pasaron Mitterrand, Polanski, Bordieu, Eco, Yourcenar, Nabokov, Kundera, y otros tantos. En 1993 la revista *Vanity Fair* lo usó con mucho éxito, llegando inclusive a publicar una antología con las respuestas de las celebridades escogidas.

Una variación del cuestionario de Pivot ha sido reciclado por James Lipton desde 1994 en su programa de entrevistas *Inside the Actors Studio*, aunque eliminó las preguntas 40 y 41 por considerarlas inapropiadas para la sociedad norteamericana.

Pixelettras ha retomado el cuestionario Proust y a partir de la pregunta 31 inserta las utilizadas por Pivot y Lipton.

01. ¿Principal rasgo de su carácter?

Tímida en los grandes espacios y un poco extrovertida y audaz cuando me siento en confianza.

02. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

La honestidad a toda prueba.

03. ¿Y en una mujer?

La honestidad a toda prueba.

04. ¿Qué espera de sus amigos?

Que estén en cuerpo y alma, en la medida de lo posible.

05. ¿Su principal defecto?

La ansiedad que deriva en compulsión o viceversa.

06. ¿Su ocupación favorita?

La docencia más allá del paso del tiempo.

07. ¿Su ideal de felicidad?

No tener miedo al miedo.

08. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Perder mi capacidad reflexiva y autocrítica.

09. ¿Qué le gustaría ser?

Malabarista circense.

10. ¿En qué país desearía vivir?

En un país pequeño y tranquilo donde se abrace la paz.

11. ¿Su color favorito?

Depende de mi ánimo, pero prevalece el azul con sus tonos poéticos.

12. ¿La flor que más le gusta?

El galán de noche que nació en el jardín de mis abuelos.

13. ¿El pájaro que prefiere?

El jilguero y su canto.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Dostoievski, Margarita Duras, Franz Kafka, Simone de Beauvoir, Lawrence Durrell, Virginia Woolf, José Donoso, Ernesto Sábato, Gabriel García Márquez, María Zambrano, Elena Garro Virgilio Piñera, Cristina Peri Rossi, Pablo Palacio, Clarice Lispector, Alicia Yáñez, Rubem Fonseca...

15. ¿Sus poetas?

Emily Dickinson, Paul Celan, Ezra Pound, Silvia Plath, Jorge Luis Borges, César Dávila Andrade, Aurora Estrada, Ileana Espinel, David Ledesma, Blanca Varela, Olga Orozco, Sonia Manzano, Susana Thénon, Lezama Lima, Vicente Huidobro, Wislawa Szymborska, Gloria Gervitz...

16. ¿Un héroe de ficción?

Don Quijote en su afán de enderezar entuertos.

17. ¿Una heroína?

Mi abuela que sobrevivió a algunas guerras novelescas.

18. ¿Su compositor favorito?

Frédéric Chopin y sus nocturnos; y Nino Rota, compositor de la película *El Padrino*.

19. ¿Su pintor preferido?

Enrique Tábara, Picasso y Dalí con sus universos surrealistas.

20. ¿Su héroe de la vida real?

Las mujeres anónimas que se levantan de una catástrofe, de una adversidad.

21. ¿Su nombre favorito?

Marissa Angiolina.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

El exceso expresivo, las palabrerías y los sobrenombres.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

El fanatismo en todos sus órdenes, el machismo, la ausencia de respeto y la tiranía.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

Hitler: sus antecesores y sucesores.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

A estas alturas...que se depongan las armas.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

El don de renacer como renacen los bosques.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

En paz conmigo y con los demás, sin dolor.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

Tranquilidad en solitario y con humor a cuenta gotas.

29. ¿Qué defectos le inspiran más indulgencia?

La terquedad, la vulgaridad...

30. ¿Tiene un lema?

“Dejé la vida”

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

Evanescente, efímero, eternidad, poesía, fonema, vértigo.

32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

Sobaco, extramuros, burocracia, trámites, belicismo.

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Dormir, comer, viajar.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

La presión y los enredos humanos e inhumanos.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

El eco de un mar en pausa.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

El de las balas y lo que eso connota.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

Cualquiera si no ofende.

38. Aparte de tu profesión ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Sicóloga de urgencias.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Contadora, Cobradora de impuestos.

40. ¿Su droga favorita?

La Coca-Cola en sus tres presentaciones.

41. Si reencarnaras en planta o animal, ¿qué serías?

La gata Andrómeda que me mira mientras duermo o Sophia que maulla por comida.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

Bienvenida al otro mundo... hiciste lo posible...y lo imposible.

Guayaquil, 28 de marzo 2023.

CUE
NIO



TRAM CRIS S/O NES

Y OTROS RELATOS

LUIS AGUILAR

Al borde de lo extraño

Si Kafka escribió “La jaula fue en busca de un pájaro, Pasti mencionó “Plantar un libro, escribir un árbol”, yo he propuesto que “El fuego apagó el agua”.

Dificultad

Estuve enamorado de una muchacha. Era una visión de belleza, pero nunca le dejé saber; no encontraba las palabras. Se casó con uno que ni terminó el colegio, pero supo decir: te quiero.

Disparidades

Soy una de las esculturas de Pericles. Viví casi sin ser mutilado por el tiempo. Tenía todo sin necesitar nada. Salí de mi mármol y no me he acostumbrado todavía al concepto de libertad.

Mirror Mirror in the Wall

Me miré en el espejo y el otro yo estaba allí esperándome. Quise marcharme, huir es una mejor palabra. Insistí en hacerlo, pero no pude. Él se cansó de observar y se fue. Dejé de ser.

27

Memorias

Algunas vacaciones yo iba a Dublín, la tierra de mi madre. El último fue diferente. Entré por casualidad a Hodges Figgis; no quería comprar nada en particular. De pronto no resistí adquirir Ulysses de James Joyce. Al pagar, me atendió una muchacha, la más bella que jamás había visto. A pesar de los años, no la he podido olvidar.

Intercambios

Mi pincel no debe ser mejor que mis ojos.
Francisco de Goya

A pesar de mi trabajo constante, soy un pintor desconocido. Cuando expongo mis cuadros, pocas personas concurren, pero sigo insistiendo. El otro día reparé en el lienzo que descansa en el caballete de mi estudio la figura de un hombre que estoy pintando. Tiene un

aire a mí, aunque no fue mi idea concebirlo de esa manera, peor pensar en un autorretrato. Ahora siento que él me pinta y que me voy transformando en otro. No obstante, percibo en la pintura que me cubre nuevas propiedades físicas y la existencia cosificada de una nueva identidad. Pero lo que no puede alcanzar el intruso es el poder y el reflejo de mi mirada.

Los relojes blandos

Observaba distraído que mi queso Camembert empezaba a fundirse. Reparar en el fenómeno de cocción me devolvió a la realidad y dejé que mis ojos cayeran en la sartén con precisión absoluta. Estaba solo y mi esposa se había ido al cine; yo me sentía hastiado, recordando cosas del pasado. El lacticio se derretía trayendo a mi memoria olores y sabores de otras distancias y tiempos. Por alguna razón insólita reparé en la fusión con el aceite y el chapoteo vigoroso que resultaba de esa unión. Visualicé un proceso mecánico desgarrador en mi mente, y en todo mi ser germinaba la visión de unos relojes en estado de gestación que resbalaban, uno de ellos por una rama desnuda. Un reloj rodaba sobre una mesa sin mayor halago. Otro se deslizaba encima de un aparente molusco gigante inmóvil, o acaso era un mantel endurecido por el engrudo. Todos tenían la forma flácida y ovalada de lo imposible. Eran de color azul y borde dorado. Al fondo, un oasis marino y un albor amarillento lejano en desuso. Luego, como signature imaginaria de lo ilógico, sin ser vistos, jugando a las escondidas, un par de bigotes encerados, puntiagudos y ridículos que echaban su hechizo en un collage críptico de lo absurdo.

Lo que está más allá de la contigüidad

Todo estaba listo para mi conferencia sobre la cuentística de Julio Cortázar. La releí varias veces y me quedé satisfecho, aunque siempre subsiste la duda de que falta o sobra algo. Me entregaron los tickets del vuelo, las reservaciones en el hotel para tres días y mis honorarios. Llegamos. Me dejaron en la puerta, subí los escalones y entré en el lobby. Nadie me recibió. El ambiente me sobrecogió y un escalofrío gratuito se pegó en mi espina dorsal. Accidentalmente, mi vista tropezó con una etiqueta con mi nombre y una tarjeta plástica que estaba en el mostrador de facturación. El número de la habitación era 103. Unas dos gradas hacia lo alto y la puerta. La introduje y una lucecilla verde trepidó. Una vez adentro, me lancé a la cama y me quedé dormido. Me marché después de ducharme. El albergue seguía deshabitado y parecía que mi presencia creaba varias sombras. Afuera, respiré más tranquilo, tomé un taxi y al pasar por la Universidad de Saratoma me impresionó su campus muy bien cuidado. Me

dirigí a la facultad de literatura. Di mi ponencia en un aula que me recordó el estilo de Gaudí. Hubo preguntas al final y cada vez que respondía, tenía la impresión de que las había contestado con calculada vaguedad. Entonces, me saltó la disyuntiva de que si estaba a un nivel de fantasía o de verdad. Además, parecía que mi cuerpo flotaba entre una continuidad de parques o me acosaba un perseguidor en una noche boca arriba. Luego, surgía a lo lejos una autopista perversamente desalineada, lo que aparentaba que venía de un final de juego de tres chicas en tránsito hacia la adolescencia y que una de ellas se empecinaba en permanecer anónima. Además, ellas estaban prestas a involucrarse en una casa tomada por las trampas infiltradas en cada vuelta de página de un relato elegido al azar por alguien que rasgaba la validez de todo en un instante caótico menos pensado y lo hacía mientras leía acariciando con la mano izquierda un sillón verde de terciopelo.

Transgresiones

A Agatha Christie

Llovía. Armando Urriaga se apeó del autobús y caminó unas seis cuadras. Llegó al edificio Telamón, subió al cuarto piso y entró en el bufete del abogado Eliseo Perales. Por no tener una cita tuvo que esperar cerca de una hora. Explicó su caso. El jurisconsulto, sin decir palabra, le dejó que hablase, solo le miraba como que le escrutara cada palabra que decía y anotase en algún rincón de su ser, todo lo que escuchaba. Acordaron en un precio. Se le iba a inculpar de dar muerte a su amiga una periodista jubilada y algo excéntrica. Varias veces expresó su inocencia y, de ser necesario, insistió con la inmediatez de su declaración. Contó cómo la conoció. Entre muchas cosas dijo que por primera vez la vio en una fiesta discutiendo con un joven y que este la dejó sola. Se acercó y se entabló una amistad. Se hizo costumbre los viernes tomar té en su departamento. Le preguntó por qué no le dijo que era casado, él contestó que nunca se dio la oportunidad de hacerlo y que su conyugue sabía de esta amistad y, lo que es más, estaba lista a testificar. Le recordó que una esposa no podía dar atestación ni a favor ni en contra. Al día siguiente fue detenido. En el juicio se examinó los detalles que determinaron el porqué era sospechoso. La empleada de la víctima le acusaba de ser un buscavidas; en una ocasión le encontró que recibía dinero. El portero del edificio no estaba de acuerdo en la hora que indicaba que había llegado. Una testigo afirmó que hacía unas semanas llegó con una jovencita a su agencia de viajes e inquiría tours costosos. Él se defendió con convicción

y pruebas, pero no sabía cómo reaccionaría el jurado. El acusador trajo a su esposa. La defensa protestó, pero el fiscal dijo que llamaba a Sofía de Roh no a la de Urriaga. Se habló de la penalidad por bigamia, engaño y perjurio. Esta también negó la hora que indicaba su conviviente al regresar a casa. Informó que le aleccionó a que mintiera, pero ella no quería, ahora, ser parte de un asesinato y estaba cansada de soportar sus infidelidades. El jurado deliberó y, a pesar de todo, fue absuelto de culpa.

Después de la libertad de Armando, Sofía en una de las salas de la Corte de Justicia al ser cuestionada por el defensor, ella le dijo que él no entendía, que fue engañado y que no le importaba ser condenada. Su marido era libre, no podía ser juzgado dos veces por el mismo crimen y ella lo adoraba. El abogado de la defensa se quedó pasmado. De seguido, Armando fue notificado que recibiría una herencia de 100.000 libras esterlinas para que se lo entregasen después de la muerte de ella. Al enterarse Sofía se llenó de felicidad. La joven que estaba con él en la agencia de viajes entró radiante y se enredó en los brazos de Armando. “Sofía confusa” pidió explicaciones y empujó a la intrusa, pero él hizo lo mismo con ella y cayó al suelo. Sus ojos desorbitados no comprendían lo que pasaba, hasta que se dio cuenta de lo patético de su situación. Se irguió con venganza, miró por todas partes hasta ubicar lo que necesitaba. Se levantó con agilidad, se acercó al guardia con furia y arranchó el revólver, se aseguró de que Armando la viera y le disparó hasta agotar la última bala. Él cayó sin vida y la novia gritaba desesperada. Botó el arma y se dirigió al policía extendiéndole las manos hecho puños.





Maurice Montero:
La Trama del Tapiz

RAÚL SERRANO

*Y las paradojas que se superponen
o se suceden solo se resuelven mediante el tiempo.*
María Zambrano, *Poesía e historia*.

Nota de descargo

Estos textos dan cuenta de dos momentos de lo que, para esos años, los 90 del siglo pasado, era una de las obsesiones y pasiones centrales de mi amigo y cofrade Maurice Montero (Francia, 1960): los tapices, que eran su forma de cifrar su percepción del mundo, sus sueños, tensiones y su tiempo, como ahora lo son esos juguetes mágicos a los que dota de vida propia. Se trata de tapices en los que su diseño y ejecución resultaba ser un trabajo meticuloso, que Maurice realizaba con mucha entrega y concentración en su taller en donde montó, emulando a Penélope, un telar. Por esos años, preparó una serie de exhibiciones para un par de galerías, corrían buenos vientos para las artes plásticas en Quito.

Para entonces, mediada la década de los 80, yo era un migrante, llegado desde Machala, que estudiaba periodismo en la Universidad Central, y habíamos iniciado una amistad gracias a la mediación de un par de amigos en común que, junto a su compañera, la poeta Janeth Toledo, se mantiene hasta el día de hoy. Maurice, muy joven abandonó a su familia (españoles que huyeron del horror y atrocidades del franquismo) en Francia y vino a recorrer, como mochilero, América Latina de punta a punta hasta que recaló en Cuenca. Ahí trabó relación con un grupo de artistas con los que conformaron el Taller-Galería El Aguafuerte (1986-88). Durante ese tiempo se dedicó a estudiar lo que eran las técnicas y rituales de los tejedores andinos. Luego empezó a desarrollar sus propios recursos y a construir un lenguaje que le permitió llevar adelante una serie de diseños en los que la cromática, así como los trazos y texturas, resultaban ser muy peculiares. Eran su sello personal.

Instalado en Quito, Maurice se ocupó de lleno a profundizar en este antiguo y mítico arte, al tiempo que de tarde en tarde le sacaba a su acordeón algún tema de su tierra. Cada tapiz era un cuadro, una partitura de música secreta. Y, como tiene que ser, una aventura que lo llevó a experimentar con tintes, lanas y diseños.

Era la década de los 80 y Ecuador vivía bajo las tensiones y violencias desatadas por el modelo neoliberal. Aunque resultaba paradójico, por esos años se dio un boom de las galerías de arte. No había día en que no se inaugurara una nueva muestra, ya sea de un pintor con su trayectoria auestas o de alguien nuevo. Maurice estaba entre estos últimos, aunque su arte ya resultaba ser una propuesta lúcida y lograda.

Estos textos -juego de metáforas- fueron preparados para inaugurar una de esas muestras. Se han mantenido inéditos (del segundo texto se publicaron algunos pasajes en una crónica de diario El Comercio, de abril de 1991) durante un buen trecho de años y han sobrevivido gracias a la acuciosidad de Maurice al haberlos conservado en su archivo personal, pese a ser lecturas, observaciones, de un amigo que, para entonces como para ahora, solo era un espectador de la obra reveladora de este francés que hoy es un ecuatoriano a tiempo completo. Releerlos, luego de más de tres décadas, me ha llevado a recordar ese tiempo en el que, junto a otros amigos, éramos “felices e indocumentados”, buscando cómo inventarnos la vida entre discusiones en las que todos delirábamos de manera desbordada entre gallos y medianoche. No les he cambiado, a excepción del título del segundo artículo, nada; lo demás (me he resistido a la tentación de introducir otros ajustes) lo he dejado tal como fueron concebidos en su momento.

Espero que para los lectore/a/s de hoy aún mantengan la candidez y esa pátina, en medio de su barroquismo, de aquel tiempo en el que fueron tramados como parte de un ejercicio en el que se privilegió, por parte de Maurice, no el enjuiciamiento de un crítico de arte dueño de su instrumental teórico, sino el ejercicio, la mirada, de un lector que sin duda, desde esa condición, presentó estas anotaciones respecto a la obra de quien hoy en día es un referente, un artista que ha crecido de manera admirable, sin dejar de ser aquel amigo con el que siempre es posible, con su chispeante y vital buen humor de por medio, celebrar la vida y sus entornos.

Quito, junio, 2023

(I)

Pecera de Colores

NO sé si Penélope se lo dijo a Maurice o si Maurice optó por perseguir a la Maga con todo los saxos amarrados a sus orejas, dejar los pliegues de su colmena y luego venirse a parar entre un montón de lanas que lo pusieron de ombligo a los aguaceros de esta ciudad en la que tronar su acordeón es tan sórdido como huirse con una exorcizadora luego de columbrar las ciénagas de las culpas, de los pavores de los bolsillos descuajeringados como los balazos que nos heredó Cortázar en medio de los jueves. Quizás por eso, porque beberse el mar de un estornudo es tan parecido al proceso de crucifixión de los calendarios relamidos por las abuelas entre todo un andamio de bocetos que han extraviado a mesié Maurice en la posibilidad de que al pie de unas gradas sus ojos pendan de algún garfio o que su telar, antes de declararse viejo (peste atroz) decida transmutarse en una garganta tan descomunal como la noche en la que la muerte ha decidido postergar sus buses y sus peces.

En cada uno de sus tapices, Maurice Montero nos enfunda su ceguera del mundo. La inundación del color/los colores, obedece a su equivocada ventana de captarlo como una procesión de faunos que al fin han entendido que sus propias miserias son los trofeos de todas las guerras que se han fabricado para mantener las fauces abiertas y continuar la persecución de sus complejos, de sus torpezas erigidas en muro de Maurice ha sabido degollar antes que la abulia y el estío lo enjaulen. Él sabe convertirse en sorteador de los fuegos del juego de esa garganta que aúlla y aruña como un cuerpo entre los espantos de las camisas de fuerza, de los barrotes que nos flanquean los sueños y al rato asoman retratados en una espalda carcomida o al final de los decretos con los cuales nos hipotecan hasta el odio.

Para los ojos que se desboquen sobre estos tapices, las teorías de los niveles de lenguaje y de los recursos desmontados, quedarán en el estribo de sus tratados de sótano. Pues, Maurice ha descendido hasta los últimos peldaños de la tradición, además que se debe a un útero lo suficientemente estrangulado por los ángeles de la Historia y la histeria como para ahora concretarse en algo así como equilibrista de plaza menor, traficante de facilismos y acabar por meternos alacranes con piel de regalo. Por ello que no creo que su arte se reduzca a la inoperancia del menor adorno, tampoco creo que arte alguno se haya parido con tan siniestros propósitos. En estas fraguas de unas fragmentadas, en todos estos restos de Penélope (la tránsfuga y loca) cualquier paseante de nuestros guetos sospecha que detrás de cada máscara o marea, unos labios trogloditas nos esperan.

Y Maurice, que cayó hace un par de vueltas en un andén sonámbulo, lo único que se ha propuesto y propone es todo un enmarañado de dualidades desesperantes, lúcidamente festivas, arrebatadas a esa garganta displicente que ahora lleva clavada en la espalda como señal de un buen vendedor de milagros. Aunque claro está, cada uno de sus milagros nos abordan con todas las voces de una transición que ya no es ni pretexto entre los hombres, sino entre máscaras (las de su puño) que se someten a los designios de Penélope y de su bufón, quien se ha echado sobre sus oxigenados encantos a perforarle la impavidez por los estertores del deseo. Por eso es un albur el que la Maga y Penélope se desfiguren por tratar de constatar si las costuras y los remiendos (salvo los títulos que se le olvidaron al lunático de las peras del olmo) fueron tomados de los diccionarios que nunca balbucean sobre las dudas del tapiz, son evidentes en Montero como el hecho de que al doblar un portón esa garganta de clavos retorcidos en la que funde y refunde sus talismanes, se ha tragado todas las amarras y está aguardándolo ahí, junto a los médanos de lanas que ya no son lanas ni hilos, solo un charco coagulado de carcajadas miserables.

(Quito, marzo de 1990)

(II)

Cazador de Espejos

HABRÁ que acabar con los relojes, quemar los calendarios y luego de vadear los desprecios de Jacques Brel preguntarle a Maurice Montero si las utopías son las máscaras de los sueños o si sus tapices son los puentes que buscan los ciegos, los perseguidores y los cazadores de espejos. Porque ocurre que entre uno y otro tapiz solo está la niebla, el bosque en el que los hombres perdieron sus amuletos, su razón de no tener sinrazón y los últimos pretextos para quedarse entrapados entre los tejidos en los que Maurice Montero acaba con cualquier concesión del arte de no hacer concesiones, ni siquiera por la náusea de ser parte de muchas postales, de muchas miserias.

Y es que Ud/ellos/nosotros/vosotros no atinamos con qué madeja quedarnos. A veces es preferible pasarse relamiendo los catálogos para descubrir cosas como: MAURICE MONTERO no es de este útero. Vino desde la trastienda donde se reparte a puntapiés la torre Eiffel y la humillación de los guetos podridos de solitarios y travestis. Montero en vez de dientes posee un acordeón, y por espalda un telar que le fue creciendo conforme moldeaba los clavos para

evadirse, para transar con una especie de muerte a cuenta hojas. Ha expuesto lo suficiente como para no dejar de calar y persistir sobre sus trabajos de agua y sus puentes con transeúntes olvidados en ciertas basílicas de lana y polvo. Montero se ha quedado entre nuestros insomnios y sentinas salvajes, porque no gusta de los silbidos ni de las canciones con bandoneones ciudadanos. Además, tiene problemas para andar: esa joroba llamada telar porta más de cien brazos y piernas que le impiden cualquier bostezo; cualquier acto doméstico.

Claro, por lo general los catálogos repiten las infamias inevitables. En esta ocasión Montero sale bien librado. Porque entre muros y charcos de color, de sangre e insomnio, bucea como un topo. No hay costura ni trazo que se convierta en mácula, escalera que equivoca su juego. Maurice (hay que advertirlo) ha descendido hasta los sótanos de la tradición, asimilando y profundizando lo vital, todas las herencias.

Para algunos, el trabajo de Maurice Montero puede saber a trivial, viciado de fuegos que terminan de adorno en cualquier pared o jaula de petimetre. Golpe enmarañado y al extremo dudoso. Adorno y trivialidad se le ocurren a quien no se deshace de su rol de “gran masturbador”, abyecto que cualquier reto anormal lo lleva a escudriñar los catecismos, los teoremas para perderse y negar la opción de cortarnos la otra cara o convertirnos en inquilinos de algún bunker invadido por unicornios y esqueletos.

Maurice Montero poco sabe de gustos ajenos. Se rasura hasta el último reloj con tal de no traicionarse. Por eso, a penas despierta, suele preguntar a sus vecinos si por espalda lleva un aparato que masculla, un animal que escupe guirnaldas o un armatoste que ya no cabe en su falansterio ni en su noche.

(San José del Vínculo/diciembre de 1990)



EL PASILLO DE LA MONA LISA

DENISSE CÓRDOVA



El pasillo está en la casa de mis abuelos. Es la conexión de la sala con la cocina hacia su lado izquierdo. Hacia el lado derecho está el dormitorio de mi Tío Xavier y, casi en el centro, está el baño. Tiene paredes verdes, un tumbado alto, blanco y el piso es de madera brillante. En esa casa mi abuelita Carmen crió a mi prima Ely, ya adolescente; a mi prima Asun, a mi ñaño (hermano, en quichua) Lucho y a mí; niños todavía.

El pasillo era una alacena improvisada. Había tachos inmensos para guardar quintales de arroz y azúcar. Amábamos meter las manos en el arroz y comer a escondidas bocanadas de azúcar que se derretían en la boca. Empotradas en la pared, unas repisas que servían de licorera y, a su costado, un

No hay nada mejor que una casa antigua, llena de recuerdos y de aventuras. Llena de amor y de esperanzas.

refrigerador de los 50, con frutas, jugos, agua y lácteos. Este espacio olía a refrito y a jabón de rosas. Tenía sonidos de sartén friendo, la licuadora. Las voces de los vendedores ambulantes se mezclaban con nuestras risas, silbidos de canarios y los cantos de mi abuela. A veces, todo esto era silenciado por un grito: “¡Niño Lucho!” Yo me asustaba, pero luego me relajaba porque era el grito de Mercedes, la señora que trabajaba en la casa. De inmediato, mi hermano salía corriendo de la cocina con algún vegetal o fruta; Mercedes trataba de capturarlo. La finalidad de mi ñaño era lanzar los productos a la calle. Ciertos días, Asun, mi ñaño y yo, en un descuido de Mercedes, robábamos la olla del arroz. Salíamos corriendo de la cocina, con el corazón a mil, cargábamos la olla entre los tres. Llegábamos al dormitorio de mi tío Xavier, y cerrábamos la puerta con seguro. Mercedes quedaba afuera, reprendiéndonos. Nosotros, con la boca llena de cocolón, no replicábamos.

Había un teléfono beige, de rueda y con cordón. Estaba empotrado al lado de la cocina. Eso era importantísimo para nosotros, porque en otras habitaciones de la casa había más teléfonos. Por consiguiente, Asun, Lucho y yo escuchábamos las conversaciones de Ely con las amigas y los novios. Siempre nos descubría. Era imposible para nosotros no soltar carcajadas o imitar su manera de hablar.

Frente al baño estaba colgada una réplica de la Mona Lisa. La dama nos hacía sentir observados todo el día; parecía una espía. Mi ñaño le tenía pavor. Cuando pasaba por ahí, corría agachado, cerraba los ojos y me decía “Agáchate, ñaña, para que no te mire.” Él tenía miedo porque la Mona Lisa se parecía a mi Bisabuela María Nicolasa, cuya especialidad eran los coscorriones.

Las fiestas en la casa de mis abuelitos eran divertidísimas, con música en vivo y mucha comida que desfilaba desde la cocina. La sala y el comedor no abastecían para todos los invitados; se ponían sillas extras en el pasillo. Los primos nos sentábamos al lado de la cocina, para meter los dedos en los bocadillos. En una Navidad, mis primas agarraron el licor de menta de la repisa, me lo brindaron, y me emborraché. Mientras todos bailaban afuera, yo trataba de caminar hacia el dormitorio de mi tío Xavier. El piso de madera se movía y cada vez se hacía más distante la puerta del dormitorio. Fue un recorrido larguísimo. Llegué. No recuerdo más.

La primera vez que me dio inmovilidad tónica, tenía cinco años. Yo estaba sentada en la cama de mi tío, mirando al pasillo. Era de noche. Estaba oscuro, pero la luz del corredor estaba encendida. Por algún motivo, yo tenía terror. Eso no me dejaba respirar; no podía hablar ni moverme. Después de un rato, mi familia corría, de un lado a otro, en el pasillo. Mi madre me sacudía.

Alguien llamaba por teléfono. Mi abuela traía, desde la cocina, agua con azúcar. Me intentaban dar de beber, pero no podía ni tragar; todo se derramaba. Mi hermano, mis primas y la Mona Lisa me miraban asustados. Las imágenes eran como relámpagos; una fuerza me apretaba el cuerpo entero. Me movía al cabo de unos minutos.

Para entrar al baño, había un murito. Ahí me sentaba con medio cuerpo hacia el corredor y la otra mitad, dentro del baño; esperaba a mi abuelita. En sus traslados al baño, vi caer su cabello, la vi desangrarse, vomitar, llorar, rezar, pero también la escuché decir que todo estaría bien. En el muro teníamos grandes conversaciones sobre la vida, nuestras pasiones, el amor. Ella cantaba y yo bailaba. Supe que ella se iría de aquí cuando me dijo “Ya no puedo cantar.” Con el tiempo, mi abuelo también partió y la casa se ha cerrado. Nuestro pasillo está encadenado y en litigio. No hay espacio para la risa, el miedo, ni el llanto. Está vacío.



FOTO: DENISSE CÓRDOVA

NOV
ELA

F R A G M E N T O

De Bicicletas y de Lunas

(FRAGMENTO)

MIGUEL CASTILLO



E

I

El repetido canto de los grillos anunciaba el caluroso invierno de la ciudad, encendida cada vez más por aceras y alcantarillas, era algo así como si las calles tuvieran vida, marcando un compás insistente entre los que deambulaban en la noche tormentosa, hasta hacerlos perder la razón y el sentido. Las pequeñísimas gotas de aguacero que caían junto a él, salpicaban de barro y se diluían en fino puntillismo sobre el lino blanco de su pantalón de basta ancha, lentamente las iras caseras iban refrescándose con la humedad de la noche. El hombre trigueño caminó sin rumbo fijo por Santa Elena hacia Colón, donde buscaría calmar esa cólera que lo torturaba por dentro, refugiándose en sus “adúos” trovadores nocturnos, porque las penas son de amores, decían ellos, ebrios de aguardiente hasta la muerte, cual vikingos espartacos del vino y de la diva melodiosa del solitriquí pasillo. Andariego era el hombre, cuando se le metían las emperradas ganas de volar muy lejos por los golpes bajos de la vida, paleando hasta el final del planeta, buscaba quemar aquel trigo del dolor por los caminos más bohemios de la soledad. Después de todo, pensó, tal vez había hecho mal en no ponerse al habla, sereno, con Olga Palma, pero ya era tarde; los ñaños del alma y de la vida habían llegado a la esquina de los músicos y desamparados dando vueltas como pájaros enjaulados, con sus herramientas de trabajo en las manos, esperando con suerte a la ruleta de alguna serenata cercana, que

dejara algún dinero en esa maldita noche. “Los Montecel” y “Lucho Alarcón” fueron los primeros en encontrar a su amigo Eusebio el Profe, “yunta” de farras interminables, buen maestro de las Ciencias Administrativas, y otros oficios de brujo, recomendados para sobrevivir en esta vida-muerte. En la esquina de la fritada y los yapingachos se reunieron todos, y él les pidió la última; el buen Cara de Haba Alarcón, no se hizo esperar, empezó a sacarle latidos a las congas, tratando de afinar; Lucas y Mario no se quedaron atrás, apretando sus dedos cual tenazas sobre el diapasón de sus guitarras, arrancaron con aquella “Historia de Amor” y muerte, mientras varios curiosos iban acercándose de a poco al lugar, atraídos por aquellas extrañas melodías, pero como esto no podía ser en seco, según decía Eusebio, mandaron a comprar donde el Gordo Ángel una botella de “aguardiente” que el grupo de juglares secó en un instante; luego fueron tres, que se hicieron cuatro, hasta perder la cuenta. Interpretando a Safadi, el Profe buscaba en el bolsillo de su desteñido saco, la letra de aquella última canción que había compuesto y que durante largos días tarareó con su voz de pato cuervo y palabrero cantor, acompañándose con su guitarra de clavijas de madera. Ya casi amanecía y la campana del reloj del diario “El Telégrafo” se dejó oír de cerca. Eusebio cantó su pena y los hermanos Montecel se la pidieron para estrenarla en la “Corte Suprema del Arte.” Y el Profe, sobre una cajetilla de cigarrillos, empezó a escribir con temblorosa letra:

Historia de amor

Pasillo

Letra y música: Eusebio el Profe

XXII

Eusebio Macías Suárez nunca conoció el sabor de la derrota, desde su temprana edad le gustó organizar las fiestas de su barriada y se había familia-

rizado e informado a conciencia con respecto a las circunstancias y necesidades económicas de los más postergados sectores marginados de la provincia; poseía valor, discernimiento y decisión. Era un buen orador, tanto para proclamar una reina de barrio, como en una tribuna, ante una multitud política; claro y sincero, y a menudo sarcástico, gustaba de vaticinar haciendo un cálculo meditado de la realidad de las cosas; era bajo y acholado, tirando a serrano y con una piel curtida, como el barro de los volcanes apagados ostentosamente raído; su cuello nunca estaba limpio y cuando usaba corbata, esta estaba incorrectamente anudada. Parecía como si nunca se bañara y llevaba las manos calludas y sucias.

Todo esto le confería una identidad de confianza con el sector al cual representaba.

De joven había practicado fútbol, fue boxeador en la Quinta Pareja y era conocido por ser uno de los pocos que había cruzado el río, nadando por la parte más ancha del Guayas.

A los 17 años se había hecho de su primer compromiso, con una joven campesina, que servía como empleada en una casa, frente a la zapatería donde él se desempeñaba como cortador; luego vendrían dos niñas que se quedarían sin madre, después que la pobre sufriera durante algunas semanas, siendo víctima de la tifoidea, por lo que se quedó solo durante un tiempo; un domingo se sintió prendado por la simpatía de una muchacha serrana, que resultó ser la mujer más celosa y no entendió por qué ella había decidido abandonarlo por otro hombre; Macías Suárez no supo qué hacer y durante varias ocasiones estuvo escuchando el pasillo Lágrimas: “Amar como yo amé, qué cruel martirio,/ sufrir como sufrí por tu cariño,/ la amarga decepción que tú me diste/ será mi compañera hasta la muerte.// Que se cumpla el destino ya,/ si tú lo has querido así,/ con el olvido acabarán,/ las lágrimas de mi sufrir.”

Ahogó sus penas en alcohol, hasta llegar al punto de quererse arrancar la vida; tan solo la reflexión de tener dos hijos, pudo dar respuesta a tremenda decepción que quedaría a la par, cuando Olga Palma llegara a su camino y, entre palizadas y espinas, supo llevar adelante a su nueva familia, que esperaría en todo momento muchas cosas buenas de él, que lo había sacrificado todo por el amor y patriotismo que sentía por su pueblo. Eusebio Macías Suárez era, en verdad, demasiado ambicioso, trabajador y tesonero, además de ser humilde para interesarse por desconocidos placeres, que se interpusiera en su carrera política, definitivamente había nacido para ser una figura legendaria de nues-

tro pueblo, siempre con los ojos vendados y buscando a tientas su camino, sin saber hacia dónde, sin importarle la burla; nunca se dio por vencido ni de su gesto surgió una expresión de disgusto que alimentaría más el mal sentido del humor, en quienes quisieran divertirse con él, parecía darse cuenta que su ocupación le causaba una tranquilidad interior que le enseñaba a ser responsable y a cumplir con todas y cada una de las obligaciones que lo rodeaban, ya que largo y duro había sido el peregrinar de Eusebio Macías Suárez, que además de llevar esa fatigosa jornada, desde que amanecía hasta anochecer, había descuidado su salud, y fundamentalmente el tratamiento con insulina para su avanzado estado diabético, que le recomendaría el médico que lo trató anteriormente, cuando cayó muy enfermo, solo la Negra Emilia lo ayudaría a salir adelante de aquellos malos momentos, vividos en el Hospital General, donde el Profesor tuvo la necesidad de internarse durante un mes aproximadamente, obligado, por todo el rigor de la medicina, y de estar sometido a lo que los galenos dispusiera, negándole a nuestro amigo que era un andariego, que continuara desarrollando sus largos recorridos de siempre, por las eternas calles de la ciudad; finalmente, cuando terminaron derrotados en las últimas elecciones, Macías Suárez se sometió a un encierro voluntario por el bien de su familia y por la economía del hogar, indudablemente, porque durante el tiempo en que él permaneciera en su casa, estaría obligado a desarrollar únicamente sus faenas de profesión conocidas, centrándose solo en su trabajo de artista de la fotografía, negocio que por estos tiempos de invierno resultaba bueno; ante los males vivos, el resto de los compañeros, principalmente Aquilino Ubilla, le llevaba a Macías Suárez numerosos trabajos de amigos conocidos y parientes, que querían tener como recuerdo una ampliación de algún familiar ya difunto o vivo que, de la noche a la mañana, quería aparecer en un retrato bien parecido, cual artista de cine; bromuro que quedaba perennizado en el recuerdo de sus clientes, que con el transcurso del tiempo verían sorprendidos cómo los colores aplicados a la ampliación, se iban esfumando para siempre, debido a que los pigmentos que usaba Macías Suárez para sus trabajos eran malos. Todo esto como una faceta de buenos cálculos, para la economía de su capital invertido en el negocio, donde él llevaba la mejor ganancia de todo el resultado final, deslindando de su parte toda su responsabilidad, al entregar conforme su trabajo a los clientes. Sorprendiéndose además, por su talento artístico que causaba impacto en varias de las personas que concurrían, a su

domicilio, en busca de una excelente reproducción de algún difunto o pariente vivo, del cual les quedaba solo una fotografía, en donde aparecía completamente arruinado o amortajado y con los ojos cerrados para siempre, entonces Macías Suárez, con la magia de sus conocimientos y a base de vela de cebo derretido y colorante, podía lograr una reproducción nítida con vivos matices a la ampliación y dando buena cuenta al cliente de su trabajo; tal era la sorpresa de la gente, que muchos lloraban y otros finalmente terminaron por hacerlo compadre, y llevándole aves y quintales de arroz; unos le rindieron homenaje a su talento artístico, del cual el mismo decía que Guayasamín le quedaba corto, pero no todo era un instante de felicidad, porque como nunca empezó a sentir profundos agotamientos a causa de su diabetes, que para colmo de los males se le había subido, causándole alteración en su sistema nervioso, del cual, en los ratos que dormía profundamente, se levantaba con sobresaltos, víctima de algunas punzadas y dolores agudos que lo golpearían muy fuerte en el órgano más noble de su sistema circulatorio.

Todo este vendaval de augurios de mala salud, significaba el acabose para Macías Suárez, que supo enfrentar la vida con la frente en alto y con valentía, defendiendo su meta política, sin contar con recurso económico alguno, realizando una reflexión ante la profunda y quemante mirada de Eloy Alfaro, que aparecía en una postal, junto a varios de sus hombres, uno de los cuales había sido pariente de un cliente suyo, que estaba interesado en el trabajo; Eusebio sintió varios presagios que giraron en torno de los pájaros de su imaginación. Se vio envuelto en la historia y galopando tras del general de la victoria, se sintió recorriendo por caseríos y sabanas habitadas de campesinos, que salían a su paso, ansiosos de libertad, preguntándose acaso qué hubiera sido de él, si toda aquella alucinación donde se veía envuelto, hubiese sido realidad. Ante tal prolongada situación, los familiares de Eusebio Macías Suárez recogieron al hombre inconsciente, que yacía de bruces sobre el piso de su covacha y haciéndole descansar en su cama, jamás pensaron que aquel delirium tremens significaba el adiós de un moribundo que recorrería caminos inalcanzables para encontrarse con su eterno reposo; sorprendidos y llenos de asombro veían a Eusebio que sudaba a chorros por los poros de su cuerpo, mientras que en su rostro curtido por la incomprensión de su gente y la mala vida, aparecía una mueca de angustia y de dolor incurable, que más desesperaría a todos ellos; que sin saber qué hacer buscaban la forma de calmarle el mal del cual estaba

preso y que lo llevaría a la tumba, porque sin lugar a dudas, se le habían repetido en conjunto tres ataques de infartos seguidos.

Todo esto prolongó un poco el dolor de agonía de Eusebio Macías Suárez, que hasta el final luchaba con la muerte para seguir viviendo y para que en su imaginación pudiera verse junto a don Eloy y varios de sus hombres; su cuerpo ardía sobre una enorme hoguera, moribundo; Macías Suarez sentía que su circulación sanguínea le quemaba mientras diminutas e invisibles hormigas caminaban sobre su rostro desdibujado.

Trató de hacer un esfuerzo para que lo entendieran, marcando entre sus labios una palabra, quiso dirigirse a sus más cercanos colaboradores, ahora ausentes, su larga agonía se tornaba en un paisaje de colores desconocidos y lejanas sombras tétricas que se aferraban a él, que valientemente escuchaba que alguien daba una orden, pidiendo los nombres de sus verdaderos defensores y dicen las lenguas de los curiosos, que a lo lejos una canción sonaba: “Van cantando por la sierra,/van cantando por la sierra, con honda melancolía,// Las canciones de mi tierra,/ y mientras va muriendo el día/ y mientras va muriendo el día.// La noche a soñar convida,/ se duerme el viento en las flores,/ silencio pues ruseñores./ silencio que está dormida.// Silencio que está dormida,/ la dueña de mis amores.”

Dicen los entendidos en esas cosas del más allá, que todavía lo ven deambular por las calles del puerto, en noches de luna llena, embarcado en su bicicleta, aprovechándose de las paredes y de los muros vacíos de la ciudad para pintar su conocida pancarta: EUSEBIO, LA VOZ DE LOS POBRES, para así alcanzar la paz en el mundo, sobre bicicletas, calles y lunas.

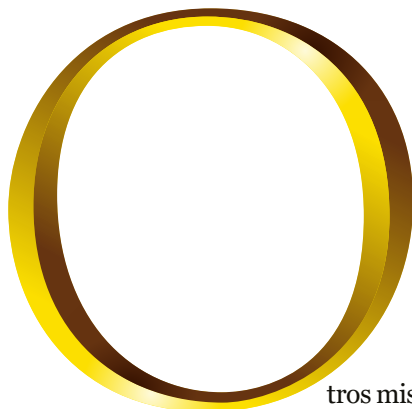




LA NOCHE
DE LA ECLIPSE

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

*Pixeltras presenta un capítulo de **Nos vemos en agosto**, la novela póstuma que los herederos del premio Nobel colombiano publicarán en 2024. El libro está conformado por capítulos supuestamente independientes que tienen como común denominador la presencia de una mujer que lleva el nombre de la esposa de Johann Sebastian Bach.*



Los misterios de aquel hotel extravagante no fueron tan fáciles para Ana Magdalena Bach. Cuando encendió un cigarrillo se disparó un sistema de timbres y luces, y una voz autoritaria le dijo en tres idiomas que estaba en una habitación para no fumadores, la única que encontró libre una noche de ferias. Tuvo que pedir ayuda para aprender que con la misma tarjeta de abrir la puerta se encendían las luces, la televisión, el aire acondicionado y la música de ambiente. Le enseñaron a digitar en el teclado electrónico de la bañera redonda para regular la erótica y la clínica de jacuzzi. Loca de curiosidad se quitó la ropa ensopada de sudor por el sol del cementerio, se puso el gorro de baño para protegerse el peinado y se entregó al remolino de la espuma. Feliz, marcó a larga distancia el teléfono de su casa, y le gritó al marido la verdad: “No te imaginas la falta que me haces”. Fueron tan vívidos los fieros que le hizo, que él sintió en el teléfono la excitación de la bañera.

—Carajo —dijo— éste me lo debes.

Ella había pensado pedir al cuarto algo de comer para no tener que vestirse, pero el recargo por el servicio de habitación la decidió a comer como pobre en la cafetería. El vestido de seda negra, tubular y demasiado largo para la moda, le iba bien con el peinado. Se sintió medio desvalida con el escote, pero el collar, los aretes y las sortijas de esmeraldas falsas le subieron la moral y aumentaron el fulgor de sus ojos.

Cuando bajó a cenar eran las ocho. Terminó pronto. Agobiada por el llanto de los niños y la música estridente, decidió regresar al cuarto para leer El día de los Trífidos, que tenía en turno desde hacía más de tres meses. El remanso del vestíbulo la reanimó, y al pasar frente al cabaret le llamó la atención una pareja profesional que bailaba el Vals del Emperador con una técnica perfecta. Permaneció absorta en la puerta hasta que terminó el espectáculo y la clientela común ocupó la pista de baile. Una voz dulce y varonil, muy cerca de sus espaldas, la sacó del ensueño:

—¿Bailamos?

Estaban tan cerca, que ella percibió el tenue olor de su timidez detrás de la loción de afeitar. Entonces lo miró por encima del hombro, y se quedó sin aliento. “Perdone”, le dijo aturdida, “pero no estoy vestida para bailar”. La réplica de él fue inmediata:

—Es usted la que viste el vestido, señora.

La frase la impresionó. Con un gesto inconsciente se palpó los pechos intactos, los brazos desnudos, las caderas firmes, hasta comprobar que su cuerpo estaba en realidad donde lo sentía. Entonces miró de nuevo por encima del hombro, ya no para reconocerlo, sino para apropiárselo con los ojos más bellos que él vería jamás.

—Es usted muy gentil —le dijo con encanto—. Ya no hay hombres que digan esas cosas.

Entonces él se puso a su lado y le reiteró en silencio la invitación a bailar. Ana Magdalena Bach, sola y libre en su isla, se agarró de aquella mano con todas las fuerzas de su alma como al borde de un precipicio.

Bailaron tres valsés a la manera antigua. Ella supuso desde los primeros pasos, por el cinismo de su maestría, que él era otro profesional alquilado por el hotel para animar las noches, y se dejó llevar en círculos de vuelo, pero lo mantuvo firme a la distancia de su brazo. Él le dijo mirándola a los ojos: “Baila

como una artista”. Ella sabía que era cierto, pero sabía también que él se lo habría dicho de todos modos a cualquier mujer que quisiera llevarse a la cama.

En el segundo valse, él trató de apretarla contra su cuerpo, y ella lo mantuvo en su lugar. Él se esmeró en su arte, llevándola por la cintura con la punta de los dedos, como una flor. A la mitad del tercer valse ella lo conocía como si fuera desde siempre.

Nunca había concebido a un hombre tan anticuado en un empaque tan bello. Tenía la piel lívida, los ojos ardientes bajo unas cejas frondosas, el cabello de azabache absoluto aplanchado con gomina y con la línea perfecta en el medio. El esmoquin tropical de seda cruda ceñido a sus caderas estrechas completaba su estampa de lechuguino. Todo en él era tan postizo como sus maneras, pero los ojos de fiebre parecían ávidos de compasión.

Al final de la tanda de valsés él la condujo a una mesa apartada sin anuncio ni permiso. No era necesario: ella lo sabía todo de antemano, y se alegró de que él ordenara champaña. El salón en penumbra era bueno para vivir, y cada mesa tenía su propio ámbito de intimidad.

Ana Magdalena calculó que su acompañante no pasaba de los treinta años, porque apenas si daba pie con el bolero. Ella lo encaminó con tacto sereno, hasta que él encontró el paso. Lo mantuvo a la distancia, para no darle el gusto de que sintiera en sus venas la sangre enfebrecida por la champaña. Pero él la forzó, primero con suavidad, y después con toda la fuerza de su brazo en la cintura. Ella sintió entonces en su muslo lo que él había querido que sintiera para marcar su territorio, y se maldijo por el batir de su sangre en las venas y el fogaje de su respiración, pero supo oponerse a la segunda botella de champaña. Él debió notarlo, pues la invitó a un paseo por la playa. Ella disimuló su disgusto con una frivolidad compasiva:

—¿Sabe qué edad tengo?

—No puedo imaginarme que usted tenga una edad —dijo él.

—Sólo la que usted quiera.

No había acabado de decirlo cuando ella, hastiada de tanta mentira, le planteó a su cuerpo el dilema terminante: ahora o nunca. “Lo siento”, dijo, poniéndose de pie. Él se sobresaltó.

—¿Qué ha pasado?

—Tengo que irme —dijo ella—. La champaña no es mi fuerte.

Él propuso otros programas inocentes, sin saber quizás que cuando una mujer se va no hay poder humano ni divino que la detenga. Por fin se rindió.

—¿Me permite acompañarla?

—No se moleste —dijo ella—. Y gracias, de veras, fue una noche inolvidable.

En el ascensor estaba ya arrepentida. Sentía un rencor feroz contra sí misma, pero la compensaba el placer de haber hecho lo que correspondía. Entró en el cuarto, se quitó los zapatos, se tiró bocarriba en la cama y encendió un cigarrillo. Casi al mismo tiempo llamaron a la puerta, y ella maldijo el hotel donde la ley perseguía a los huéspedes hasta su intimidad sagrada. Pero el que tocó no era la ley, era él.

Parecía una figura del museo de cera en la penumbra del corredor. Ella lo comprobó con la mano en el pomo de la puerta, sin una pizca de indulgencia, y al fin le cedió el paso. Él entró como en su casa.

—Ofrézcame algo —dijo.

—Sírvase usted mismo —dijo ella—. No tengo la menor idea de cómo funciona esta nave espacial.

Él, en cambio, lo sabía todo. Moderó las luces, puso la música de ambiente y sirvió dos copas de champaña del minibar con la maestría de un director de orquesta. Ella se prestó al juego, no como ella misma, sino como protagonista de su propio papel. Estaban en el brindis cuando sonó el teléfono, y ella contestó alarmada. Un oficial de la seguridad del hotel le advirtió muy amable que ningún invitado podía permanecer en una suite después de la medianoche sin registrarse en la recepción.

—No necesita explicármelo, por favor —lo interrumpió ella, abochornada—. Perdone usted.

Colgó con la cara congestionada por el rubor. Él, como si hubiera oído la advertencia, la justificó con una razón fácil: “Son mormones”. Y sin más vueltas la invitó a contemplar un eclipse total de luna desde la playa. La noticia era nueva para ella. Tenía una pasión infantil por los eclipses, pero toda la noche se había debatido entre el decoro y la tentación, y no encontró un argumento válido para no aceptar.

—No tenemos escapatoria —dijo él—. Es nuestro destino.

La invocación sobrenatural la dispensó de escrúpulos. Así que se fueron a ver el eclipse en la camioneta de él, a una bahía escondida en un bosque de cocoteros, sin huellas de turistas. En el horizonte se veía el resplandor remoto de la ciudad, y el cielo era diáfano y con una luna solitaria y triste. Él estacionó al abrigo de las palmeras, se quitó los zapatos, se aflojó el cinturón y abatió el

asiento para relajarse. Ella descubrió que la camioneta no tenía más que los dos asientos delanteros, que se convertían en camas con sólo apretar un botón. El resto era un bar mínimo, un equipo de música con el saxo de Fausto Papetti, y un baño minúsculo con un bidé portátil detrás de una cortina carmesí. Ella entendió todo.

—No habrá eclipse —dijo—. Sólo pueden ser en luna llena, y estamos en cuarto creciente.

Él se mantuvo imperturbable.

—Entonces será de sol —dijo—. Tenemos tiempo.

No hubo más trámites. Ambos sabían ya a lo que iban, y ella sabía además qué era lo único distinto que podía esperar de él desde que bailaron el primer bolero. La asombró la maestría de mago de salón con que la desnudó pieza por pieza, casi hilo por hilo, con la punta de los dedos y sin tocarla apenas, como deshollendo una cebolla. Con la primera embestida del minotauro ella se sintió morir por el dolor con una humillación atroz de gallina descuartizada. Quedó sin aire y empapada en un sudor helado, pero apeló a sus instintos primarios para no sentirse menos ni dejarse sentir menos que él, y se entregaron juntos al placer inconcebible de la fuerza bruta subyugada por la ternura. Ana Magdalena no se preocupó por saber quién era él, ni lo pretendió, hasta unos tres años después de aquella noche inolvidable, cuando reconoció en la televisión su retrato hablado de vampiro triste, solicitado por todas las policías del Caribe como estafador y proxeneta de viudas alegres y solitarias, y probable asesino de dos.



El Odio Imposible

SEBASTIÁN SILCAZA

*Desde fuera, en cualquier clan, secta o partido,
reina la armonía; dentro, la discordia. Los conflictos
en un monasterio son tan frecuentes y están tan
envenenados como en cualquier sociedad.
Incluso cuando huyen del infierno, los
hombres no lo abandonan sino para reconstruirlo
en otra parte.*

Capítulo I

La directiva del albergue

¡Yo no soy ningún hijueputa!
Aunque tal vez sí lo sea.

Pero, al menos, no me invento las cosas. ¡No
soy chismoso!

Ya es un montón, ¡es algo! Solo eso me pone
por encima de cualquier escala de valores, sobre todo
en este lodazal. ¡Claro que sí! Vivo en un estero que
aposta lo indecible, ¡así es! Pero eso no significa que

yo sea como los sapos que brincan por ahí escondidos, picados, incompetentes, comiendo de los demás para, de ese modo, constatar la execrable subcagada que son.

¡Yo no soy ningún sapo, a pesar de vivir entre ellos! ¡No soy sapo! ¡No lo soy!

Con esas palabras reventándole el cerebro, el padre Zeler se despertó. Sin embargo, se levantó hastiado, lo que se dice H A S T I A D O.

Seguía oscuro afuera. Al lado de su cama, sobre una silla, estaba su clériman. Antes de vestirse, se acercó a la ventana mugrienta en donde, desde hace días, había una mosca muerta. Su cuarto se ubicaba en el segundo piso de un albergue deteriorado, conformado por una decena de cuchitriles húmedos y estrechos. Se dividían por paredes de yeso, incapaces de aislar el sonido de los otros huéspedes, de forma que podías oír

sus pasos,
sus pedos,
sus abluciones,
sus ronquidos y pesadillas con una nitidez desconcertante.

El albergue lo ocupaba el padre Saúl Zeler, un tipo de treinta años, y otros curas tan similares entre ellos que parecían clonados:

sesentones,
calvos,
panzones,
dientes grises,
lengua seca.

Lo único que los diferenciaba, al igual que los Teletubbies, era el color... de sus sotanas. ¡Así lucían! Pero la época en que pasaron estas barbaridades, no obstante, tres días antes de Navidad, la mayoría se largó a pasar las fiestas a otro lado. Cosa que, en el albergue, quedó Zeler, el padre Capón y el padre Vijara. Este último, a diferencia de los Teletubbies, era un hombre de luenga barba blanca y supremamente viejo.

Decían que era exorcista, ¡de los pesos pesados!

Pero no era cierto.

Pasa que el viejo dedicó gran parte de su vida a construir casitas para los pobres. Entonces, una vez, hace años, fue a una aldea perdida en la costa en donde, desde la madrugada, una mujer obesa no paró de gritar obscenidades, retorciéndose en convulsiones siniestras. Decía que la estaban “arrastrando

hacia adentro”. En fin, los aldeanos, la amarraron a la cama: pensaron que era el diablo quien la jalaba. Cuando el padre Vijara la examinó, supo que le iba a explotar el apéndice o algo así. Hubo que llevarla al hospital.

Eso fue todo.

¡Qué aburrida esa razón! Así que los acompañantes del viejo, con su imaginación morbosa, al regreso, corrieron el rumor, ¡así es esa gente!, y dijeron que el cura exorcizó a una plantilla de demonios que holgazaneaba adentro de la gorda. Quedó echada la semilla.

Padre Vijara, exorcista.

Ahora bien, el anciano, desde hace unas semanas, apestaba de modo insoportable, hasta sobrenatural diría. Una pestilencia enigmática.

Había otro huésped, pero no era religioso.

Maridueña se llamaba. Profesor de Ciencias Naturales. Con él estaban sus dos hijos. Dormían ahí porque su casa, precaria y modesta, sufrió un cortocircuito a causa de un cable pelado. Ardió en fuego, pérdida total. Los Maridueña se quedaron en la calle. Fue entonces que la directiva del San Gilles de Rais, colegio en donde daba clases, le cedió un cuchitril del albergue.

Ya había pasado un mes del incendio.

El colegio San Gilles de Rais lo dirigía el padre Zeler, quien sucedió al padre Capón, antiguo líder y fundador, tras veinte años de mando. Los demás curas eran un cero a la izquierda. Capón concedió la gerencia so pretexto de darle al San Gilles un rostro fresco, moderno, de ideas nuevas. Aunque, en realidad, quería librarse de responsabilidades.

¡Esa es la verdad!

Ya pasó su turno: ya no es su problema. De modo que el padre Zeler, un inexperto, reclutado de la Orden de los Luisines, tras dos meses como flagrante director, supo que lo embaucaron, ¡así son!, y que se reían en su cara por medio de la zalamería más absoluta y cínica. “Sé firme y no te enojés”, le solía decir el padre Capón.

¿Cómo que enojarse? Saúl Zeler era el director de una institución privada, y sus colegas lo trataban con distancia: comentarios irrelevantes, ¡paupérrima cordialidad!

“Sé firme”. Así hablan los sabios de este mundo. Los contrahechos andantes que ocultan su inconsistencia con una infame serenidad, fingida y sin

gusto cuando, lo cierto, es que están anquilosados hasta el culo. ¡Los sabios de este mundo!

Así reflexionaba el padre Zeler.

Afuera el rocío matinal caía sobre el cerro, en donde se ubicaba el albergue. Ya clareaba. A lo lejos, se veía el techo de la cancha cubierta, y, al fondo, reverberaba el monte que se erguía como un gigante al pie del colegio. Un monte que siempre olía a quemado...Aun así, la mañana se presentó mansa y dúctil, moldeada a las aspiraciones de uno.

El padre Zeler se percató que le apestaba la trompa. Sopló su aliento a su nariz para confirmar el tufo. Se vistió sin apuro. Bostezó. Luego bajó las escaleras y salió sin lavarse los dientes.

Eran las 6 am.



In Memoriam

A close-up, profile view of an elderly man with light-colored hair and a serious expression, looking slightly to the left. He is wearing a dark blue collared shirt. The background is dark and out of focus.

**Réquiem
por el Amo
de la
Carretera**

Cormac McCarthy

(1933-2023), el solitario escritor de los Apalaches del suroeste de EE.UU., cuyas primeras novelas desgarradamente ornamentadas sobre inadaptados y seres grotescos dieron paso a la exuberante condición taciturna de *Todos los hermosos caballos* y al minimalismo apocalíptico de *La carretera*, murió a los 89 años en su casa de Santa Fe.

Saul Bellow destacó alguna ocasión el “uso absolutamente abrumador del lenguaje de McCarthy, sus frases vivificantes y mortíferas”

Sin embargo, los elogios a la obra de McCarthy no fueron universales. Algunos críticos consideraron que sus novelas eran portentosas y conscientemente masculinas. Hay pocas mujeres notables en su obra.

En un artículo publicado en *The New Yorker* en 2005, James Wood elogiaba a McCarthy como “un escritor de talento colosal” y “uno de los grandes jamones de la prosa estadounidense, que se deleita produciendo una retórica histriónica que ventrilocua brillantemente la Biblia del Rey Jaime, la tragedia shakespeariana y jacobina, Melville, Conrad y Faulkner”. Wood acusó a McCarthy de escribir frases que a veces se acercaban “al sinsentido”, de “parecer saborear la violencia que tan profusamente registra” y de ser hostil a la conciencia intelectual.

McCarthy parecía surgido de la nada y durante la mayor parte de su carrera escribió en la oscuridad ermitaña de un JD Salinger o Thomas Pynchon. McCarthy se negó cortésmente a ser entrevistado, nunca firmó ejemplares de sus propios libros, no asistió a ninguna conferencia literaria, no enseñó y se interesó más por la ciencia y la cosmología que por la ficción. Era un Americano original.

Lo que no se puede discutir es que el talento del novelista estadounidense fue durante tres décadas un secreto que circuló de mano en mano entre un reducido número de lectores, pero entre ellos se encontraban algunos influyentes defensores de su obra.

McCarthy nació en Providence, Rhode Island, hijo mayor y tercero de los seis hijos de Gladys (de soltera McGrail) y Charles McCarthy. La familia se trasladó a Knoxville, Tennessee, en 1937, cuando su padre, licenciado en Derecho por Yale, fue nombrado asesor jurídico de la Tennessee Valley Authority. McCarthy creció en el seno de una familia numerosa católica romana en el entorno ferozmente protestante de Tennessee, y fue enviado a escuelas exclusivamente católicas de Knoxville. Ni la religión de la familia, ni

su cómoda vida de clase media alta eran de su agrado. No quería ser respetable, y esto no era popular en la casa de los McCarthy.

Asistió a la Universidad de Tennessee en 1951-52, donde estudió física e ingeniería, pero abandonó los estudios. No tenía ambiciones profesionales, odiaba el “progreso” y rechazaba la mayoría de las expectativas que conformaban la vida de sus hermanos y compañeros de estudios. Le habían puesto el nombre de su padre, y la decisión legal de cambiar su nombre de Charles al gaélico Cormac sugiere algunas de las tensiones familiares que moldearon las relaciones de McCarthy con su familia.

Gordon Lish, editor jefe de la editorial neoyorquina Alfred A Knopf, le regaló un ejemplar de *Meridiano de sangre* (1985) de McCarthy al crítico Harold Bloom. A Bloom le encantó, declarándolo un gran libro, a la altura de William Faulkner y Toni Morrison. Hay páginas de prosa en su obra, señaló George Steiner, “que pueden ser en este momento la prosa más eléctrica, más violenta, más inventiva que se está escribiendo”. Saul Bellow intimidó y engatusó al comité del premio de la Fundación MacArthur en 1981 para que reconociera el notable talento de McCarthy.

En 1953 McCarthy se alistó en las fuerzas aéreas estadounidenses y fue enviado a Alaska, donde tuvo mucho tiempo para ponerse al día con la lectura. También presentó un programa en una emisora de radio local. Una vez finalizado su servicio militar en 1956, McCarthy volvió a matricularse en la Universidad de Tennessee, donde usó el seudónimo “CJ McCarthy, Jr” y publicó dos relatos cortos en una revista literaria del campus que llamaron la atención y en 1959 recibió el premio Ingram-Merrill de escritura creativa de la universidad.

Rápidamente abandonó la universidad sin licenciarse y se fue a Chicago, donde trabajó en un almacén de piezas de automóviles. En 1961 se casó con Lee Holleman, una compañera de estudios de la Universidad de Tennessee. Tuvieron un hijo, Cullen, se mudaron de nuevo al sur, a Asheville (Carolina del Norte), y se divorciaron poco después. Cuando años más tarde le preguntaron en una corte si iba a pagar la pensión alimenticia, respondió: “¿Con qué?” Durante los 25 años siguientes fue pobre, desarraigado y feliz.

En Chicago, Asheville y Nueva Orleans trabajó en el manuscrito de su primera novela, *The Orchard Keeper*. Conocedor de la escena literaria, y menos aún de la industria editorial, envió el manuscrito no solicitado a Random House que llegó al escritorio de Albert R. Erskine, vicepresidente y director editorial. Erskine era una figura legendaria en el mundo de la edición literaria, pero incluso con su apoyo, *The Orchard Keeper* (1965) –un relato faulkneriano ambientado en la Tennessee rural de entreguerras, que retrata la relación de

un muchacho con un forajido y contrabandista que ha asesinado al padre del chico— atrajo poca atención.

El mundo ficcional de McCarthy tenía una visión oscura de la condición humana y era a menudo macabro. Adornaba sus novelas con cráneos descabellados, decapitaciones, incendios provocados, violaciones, incesto, necrofilia y canibalismo. “No existe la vida sin derramamiento de sangre”, declaró a la revista *The New York Times* en 1992 en una de las pocas veces que dio entrevistas. “Creo que la idea de que la especie puede mejorarse de algún modo, de tal forma que todo el mundo podría vivir en armonía, es una idea realmente peligrosa”.

Sus personajes eran forasteros, como él. Vivía silenciosa y decididamente al margen de la corriente literaria dominante. Aunque no era tan reclusivo como Thomas Pynchon, McCarthy no daba conferencias ni escribía en las sobrecubiertas de los libros de otros escritores. Nunca ejerció el periodismo ni enseñó a escribir. Sólo concedió un puñado de entrevistas.

Sin embargo, el mainstream acabó llegando a él. *Todos los hermosos caballos*, un western reflexivo a contracorriente de su obra anterior, ganó el Premio Nacional del Libro en 1992, y *La carretera* obtuvo el Premio Pulitzer en 2007. Ambas fueron llevadas al cine, al igual que *No es país para viejos*, de McCarthy, que ganó el Oscar a la mejor película en 2008.

Esa película, dirigida por Joel y Ethan Coen, dio al mundo la imagen indeleble de Javier Bardem como el asesino a sueldo nihilista de McCarthy, Anton Chigurh, despachando a sus víctimas con una pistola de perno neumático destinada originalmente al exterminio del ganado.

En los últimos años se había hablado de McCarthy como posible ganador del Premio Nobel de Literatura. El crítico Harold Bloom lo nombró uno de los cuatro novelistas estadounidenses más importantes de su época, junto a Philip Roth, Don DeLillo y Thomas Pynchon, y calificó la novela de McCarthy *Meridiano de sangre* (1985), un mal sueño del Oeste, como “el mejor libro desde “Mientras agonizo” de Faulkner”.

McCarthy recibió el premio PEN/Saul Bellow en 2009, concedido a un escritor de ficción estadounidense cuya obra “posee cualidades de excelencia, ambición y gran escala de logros a lo largo de una carrera sostenida que lo sitúan en el más alto rango de la literatura estadounidense”.

El año pasado aparecieron dos novelas tardías en un solo tomo, *El pasajero* y *Stella Maris*, colofón de una carrera intensa y notable.

El tercer matrimonio de McCarthy terminó en divorcio en 2006. Le sobreviven sus hijos, dos nietos, y dos hermanas y un hermano.



MIS
CELA
NEA

NI LA ESCRI-
TURA ES EL
BIEN, NI LA
IMAGEN ES
EL MAL.





El escritor y semiólogo italiano Umberto Eco vive entre 30.000 volúmenes, se droga con el computador y ve mucha televisión. Es el prototipo del intelectual posmoderno. Para el autor de El hombre de la rosa, la escritura es un hecho biológico. Le angustia la conservación del libro, cada vez más amenazada, y se interroga sobre los nuevos instrumentos de la memoria colectiva. Aquí rescatamos una entrevista (por primera vez disponible al gran público) hecha a finales de los noventa del siglo pasado.

Señor Eco: Usted detesta las entrevistas según dice porque los medios abordan los problemas que le interesan con 20 años de retraso con respecto a los hechos. ¿Escapa esa regla a la rivalidad escritura–imagen?

¡En absoluto! Ahí tiene la prueba: usted se hace la pregunta si la escritura perdió la guerra con lo audiovisual en el mismo momento en que por primera vez en la historia aquella triunfa rotundamente. Gracias al ordenador que transforma las relaciones con la imagen pues en la pantalla del ordenador hay palabras –lo cual no ocurría evidentemente con la televisión.

Hoy asistimos a una mutación de la especie que yo resumiría así: el más insignificante empleado es capaz de leer a extraordinaria velocidad las informaciones de una pantallita. El ordenador es la civilización del alfabeto al igual que las civilizaciones anteriores –desde la pirámide hasta la iglesia barroca– fueron las de la imagen. Las preguntas que se plantean son pues de muy distinto orden. Por ejemplo, ¿la alfabetización por el ordenador despierta o no la alfabetización por el libro?

¿Cómo influye la velocidad en nuestra forma de absorber la información?

La sobreabundancia de textos –impresos y publicaciones de todo tipo: profusión neurótica de fotocopias, irrupción perturbadora de esos panfletos clandestinos que salen por el fax– ¿genera nuevas enfermedades como el exceso de alimentación tras siglos y siglos de hambre? ¿Qué vamos a hacer con el vértigo de tanta información? Corremos en efecto el peligro de la sobreabundancia y el triunfo de lo escrito contribuye a este peligro. Es una tragedia. El exceso de información equivale a ruido. La censura ya no se ejerce por retención o eliminación sino por profusión: para destruir una noticia basta hoy con lanzar otra inmediatamente detrás. Lo que ocurrió durante la guerra del Golfo es un perfecto ejemplo. Pero cabría evocar otros en otros terrenos.

¿Qué pasará cuando toda la memoria humana esté almacenada en un ordenador?

Una bibliografía de 20 títulos resulta muy útil porque al final se recuerdan tres obras que leeremos. Pero ¿qué hacer con una bibliografía de 10.000 títulos conseguidos oprimiendo una tecla de un ordenador? ¡Tirlarla al cesto de los papeles! También la fotocopia mata la lectura y por ende el conocimiento. Antes yo iba a la biblioteca y tomaba nota de los libros que me interesaban. Ahora encantado de llevarme a casa esa reserva de saber que he fotocopiado –porque es fácil– ya ni la abro. Todo el problema está pues en conseguir filtrar esta sobreinformación y hacerlo sobre la marcha pues ya no disponemos –para operar ese filtrado– del tiempo de reflexión que antes teníamos.

Señor Eco, ¿cómo explica usted el crecimiento simultáneo del consumo de imágenes –cine, televisión, publicidad y de textos?

Podríamos limitarnos a una explicación tecnológica: instrumentos nuevos

que fascinan paralelamente a consumidores diferentes. Pero quienes tienen acceso a unos y otros son a menudo las mismas personas. Tengo la impresión de que la información a través de la imagen bloquea la necesidad de información a través de la escritura solo en los sujetos de alto riesgo. En la mayoría de los sujetos normales provoca en cambio curiosidad hacia la cosa impresa. Creo que se dan dos motivaciones contradictorias. Una es la necesidad pueril si no morbosa de la repetición. Me entero por la televisión de que don fulano se ha caído por la ventana; leerlo al día siguiente en el periódico me reconforta, me proporciona seguridad en mí mismo. Los ritos y los ritmos. Otra es la necesidad de profundizar y reflexionar porque lo audiovisual deja una sensación insatisfactoria. Nunca ha habido tantos periódicos, tantos libros y tanta gente en las librerías y por algo será. Hablar de una guerra entre lo visual y lo escrito me parece totalmente superado, le repito. Es preciso por el contrario analizar la sinergia entre ambos tan fuerte y continua.

Esa sinergia entre la escritura y la imagen ¿le parece buena o mala para nuestra civilización?

Hay que deshacer el equívoco que domina en nuestra conversación. Rechazo la actitud maniquea de los falsos intelectuales para quienes la escritura es el bien y la imagen el mal. La una, cultura; y la otra, vacío. Recordemos que la imagen existía. Es Da Vinci o Rafael y que estos nos dicen cosas que las palabras no pueden decir. Por lo demás, la edición que en teoría correspondía a la imprenta, se ha convertido en un instrumento de difusión de la imagen. ¿Hasta los semanarios ofrecen ahora fascículos sobre Van Gogh? No. Lo que me interesa de esa sinergia es la manera en que se inscribe en el registro de la memoria de la especie.

En un primer momento la tradición oral conservó los rastros de la pasada experiencia de la humanidad. Después apareció la escritura cuyo aspecto revolucionario fue ampliado y propagado por la imprenta. Con ella se pasó de la linealidad espacial que permite recuperar continuamente la información anterior. Esta recuperación anotémoslo es secuencial. Yo puedo volver de C a B y de B a A. Y después llega el siglo XX con el cine y la televisión ¿Qué ocurre? Esta civilización nos retrotrae a la situación anterior a la de la imprenta. Una situación en la que la imagen y lo oral se mezclan y se respaldan. Y el ordenador a finales de siglo aparece para trastornarlo todo de nuevo restituyendo una civilización no solo alfabética sino también secuencial. Más aún: lo que

se llama hipertexto permite tener en pantalla al mismo tiempo informaciones diferentes que provienen de espacios diferentes del disco. En el fondo es como un libro que nos brinda la posibilidad de recuperar a la vez los capítulos 1, 3 y 17, y de tenerlos a la vista a todos juntos.

Señor Eco, sólo un Superhombre podría lograr filtrar la sobreinformación existente en nuestra sociedad y evitar la sobreabundancia.

Sí, pero como el Superhombre es imposible habrá que apañárselas con la sobreabundancia. Probablemente para eliminar lo que no nos convenga elaboraremos automatismos del mismo tipo de los que aplicamos al conducir un carro y ejerceremos nuestra responsabilidad individual exactamente de la misma manera.

Vayamos a los libros, depositarios del conocimiento y de la memoria. ¿Le preocupa su futuro a usted que solo vive por ellos y para ellos?

Ante todo, insisto en que estamos en una sociedad que colecciona los relojes desechables Swatch y tira los libros que se deberían conservar. Pero el problema más importante no es ese. Más grave es ya la destrucción de los libros por sí mismos por exceso de producción y de almacenamiento. Y, además –aparte de eso– hay algo que es lo que más me angustia: su conservación. Todo pensador, todo escritor se hace esta pregunta esencial: ¿Cómo afrontar la eternidad? Me aterra la idea de que todos los libros publicados en papel de celulosa desde el siglo XIX son tan frágiles que están llamados a desaparecer. Media de edad: 70 años. Cuando cojo un Gallimard de los años cincuenta me da la impresión de tener en las manos una hostia que se rompe. Anoto todos los libros. Esa es mi memoria. ¿Qué haría con una nueva edición? Nos enfrentamos a una decisión cultural. La Biblioteca de Francia estudia todos los procedimientos de conservación. Eso cuesta una fortuna. Existe la posibilidad de la grabación electrónica o en un microfilme. Pero esa forma de conservación tumbal de estilo egipcio cuyo código de acceso poseen solamente unos cuantos técnicos no es satisfactoria. ¿Reimprimir? Pero, ¿qué autoridad decidirá qué libros se han de conservar? Platón o Dante conocieron periodos de desgracia y sin embargo han atravesado los siglos. ¿Mañana será eso posible? ¿Qué es la lectura? Una necesidad biológica de la especie. Ninguna pantalla y ninguna tecnología logrará suprimir la necesidad de lectura tradicional.

James Joyce en el cuarto capítulo de *Ulises* evoca muy bien esa necesidad cuando Leopold caga y lee el periódico. El ritmo de la lectura acompaña el ritmo del esfínter. Eso no es ni anecdótico ni marginal. Todo el mundo se va al baño con un libro o una revista bajo el brazo. Se trata de una exigencia tan fundamental que la impresora es indispensable para el ordenador.

Usted escribe en el ordenador, pero en cierto momento necesita imprimir y releer la página. La impresora durará por lo menos 1.000 años: es el surgimiento del fantasma del libro. La diversidad cultural es interferencia y esa simultaneidad de los lenguajes. La escritura, la imagen, el sonido, ¿no introducen una ruptura fundamental? Con una visión hegeliana de la historia creo que sí. Hoy día ya no es posible pensar el lenguaje o el arte como una serie de transformaciones graduales en las que cada nuevo momento destruía el anterior. Además, bien mirado ¿no coexistieron los impresionistas con los pompier y los cubistas con los neorrealistas? Alguien ha inventado esa palabreja de posmodernismo para definir lo que yo prefiero llamar el poliglotismo generalizado de la cultura. Entonces evidentemente nos asombra lo que no adivinamos a nuestro alrededor. El eco de ese nuevo grito en el sentido en que Picasso era el nuevo grito en relación con los impresionistas. Pues bien. Creo simplemente que ya no hay que esperarlo. Lo caracteriza nuestra civilización en la que se entremezclan la televisión, el cine, la prensa, Los Beatles y Stockhausen. Es precisamente el poliglotismo del grito. El peligro estriba por supuesto en la especie de afasia irresponsable a la cual eso puede conducir o en ese parloteo del que le hablaba hace un momento.

A person wearing a beige apron over a dark top is sitting at a round wooden table. They are holding a pen and writing in a small notebook. On the table, there is a silver laptop, a black coffee cup, and a pair of glasses. The background is a plain, light-colored wall.

Cómo convertirse en Escritora.

LORRIE MOORE

P

rimero intenta ser algo, cualquier otra cosa. Estrella de cine / astronauta. Estrella de cine / misionera. Estrella de cine / maestra jardinera. Presidente del Mundo. Fracasa horriblemente. Es mejor si fracasas a una edad temprana, por ejemplo, a los catorce. Una desilusión temprana, crítica, para que a los quince puedas escribir largas oraciones en forma de haiku sobre los deseos frustrados. Es un estanque, un cerezo en flor, un viento peinando las alas del gorrión rumbo a la montaña. Cuenta las sílabas. Muéstraselo a tu mamá. Ella es dura y práctica. Tiene un hijo en Vietnam y un marido que podría tener una amante. Ella cree que hay que usar ropa marrón porque disimula las manchas. Ella mirará brevemente tu texto y luego otra vez a tí con la cara vacía como una galletita. Ella dirá: “¿Por qué no vacías el lavavajillas?” Desvía la vista. Mete los tenedores en el cajón de los tenedores. Accidentalmente rompe uno de los vasos que te dieron gratis en la estación de servicio. Este es el dolor y el sufrimiento necesarios. Esto es solo el comienzo.

En la clase de literatura en la escuela mira sólo la cara de Mister Killian. Decide que las caras son importantes. Escribe una villanelle sobre los poros. Esfuérzate. Escribe un soneto. Cuenta las sílabas: nueve, diez, once, trece. Decide experimentar con la ficción. Ahí no tienes que contar sílabas. Escribe un cuento corto sobre un anciano y una anciana que se disparan un tiro accidentalmente en la cabeza, uno al otro, resultado de una inexplicable falla en un rifle que aparece misteriosamente en el living, una noche. Dáselo a Mister Killian como trabajo final de la clase. Cuando te lo devuelve ha escrito en el papel: “Algunas imágenes son bastante buenas, pero no tienes sentido de la trama.” Cuando estás en tu casa, en la privacidad de tu cuarto, garabatea en lápiz, debajo de su comentario en tinta negra: “Las tramas son para los idiotas, cara-porosa”.

Toma todos los trabajos de niñera que consigas. Eres bárbara con los chicos. Ellos te adoran. Les cuentas historias de ancianos que mueren de forma idiota. Les cantas canciones como “Las campanas azules de Escocia”, tu favorita. Y cuando están en pijama y finalmente dejaron de pellizcarse entre ellos; cuando se duermen, lees todos los manuales de sexo que hay en la casa, y te preguntas cómo alguien podría hacer esas cosas con alguien que ama. Quédate dormida en la silla mientras lees la Playboy de Mister McMurphy. Cuando los McMurphys vuelvan a casa, te tocarán en el hombro, mirarán la revista en tu falda y sonreirán ampliamente. Querrás morirte. Te preguntarán si Tracy se tomó el remedio. Explica que sí, que lo hizo, que le prometiste contarle una historia si se portaba como una señorita y que eso funcionó bastante bien. “Ah, maravilloso”, exclamarán. Trata de sonreír orgullosa. Anótate en Psicología Infantil en la universidad.

En Psicología tienes algunas materias optativas. Siempre te gustaron los pájaros. Te anotas en algo llamado: “Investigación Ornitológica Práctica”. Las clases son los martes y los jueves a las 2. Cuando llegas al salón 314 el primer día de clases, todos están sentados alrededor de una mesa discutiendo sobre metáforas. Alguna vez escuchaste algo al respecto. Luego de un corto e incómodo rato, levanta tu mano y di tímidamente: “Perdón, ¿esto no es Observación de Pájaros I?” Todos se quedan en silencio y giran para mirarte. Parecen tener todos una única cara: gigante y blanca, como un reloj destruido. Un barbudo ruge: “No, esto es Escritura Creativa”. Di: “Ah, okay”, haciendo como que ya sabías. Mira tu planilla de horarios. Pregúntate cómo cuernos caíste ahí. La computadora se equivocó, parece. Empiezas a levantarte para salir pero no lo haces. Las colas en la oficina de inscripción esta semana son

larguísimas. Quizás deberías aferrarte a este error. Quizás la escritura creativa no sea tan mala. Quizás sea el destino. Quizás esto es lo que quiso decir tu padre cuando dijo: “Esta es la era de las computadoras, Francie, esta es la era de las computadoras.”

Decide que te gusta la universidad. En tu residencia conoces gente agradable. Algunos son más inteligentes que tú. Y algunos, te das cuenta, son más estúpidos. Continuarás viendo el mundo en estos términos, lamentablemente, por el resto de tu vida.

La consigna de escritura creativa esta semana es narrar un hecho violento. Entrega una historia sobre cómo maneja tu tío Gordon y otra sobre dos ancianos que se electrocutan accidentalmente cuando tocan una lámpara de escritorio que tiene un cable pelado. El profesor te devolverá los textos con comentarios: “Tu escritura es fluida y enérgica. Pero lamentablemente tus tramas son absurdas.” Escribe otra historia sobre un hombre y una mujer que, en el primer párrafo, son acribillados de la cintura para abajo debido a una explosión con dinamita. En el segundo párrafo, con el dinero del seguro, compran un puesto para vender helados. Hay seis párrafos más. Lees el texto completo en voz alta para la clase. A nadie le gusta. Dicen que tus tramas son exageradas y gratuitas. Después de clase alguien te pregunta si estás loca.

Decide que quizás deberías probar con la comedia. Empieza a salir con alguien divertido, alguien que tiene lo que en el secundario describías como “un sentido del humor buenísimo” y que ahora la gente de la clase de escritura creativa describe como “auto-indulgencia que toma forma cómica”. Anota todas sus bromas, pero no le digas que lo haces. Arma anagramas con el nombre de su ex-novia, ponle esos nombres a todos los personajes con problemas de sociabilidad y observa lo divertido que es él, observa qué sentido del humor buenísimo tiene.

Tu consejero académico te señala que estás descuidando las clases de psicología. Lo que te consume la mayor parte del tiempo no es tu especialidad. Di que sí, que entiendes.

En las clases de escritura creativa de los próximos dos años todos siguen fumando y preguntando las mismas preguntas: “Pero, ¿funciona?”, “¿Por qué debería importarnos lo que le pasa a ese personaje?”, “¿Te ganaste el derecho a usar ese lugar común?” Parecen ser preguntas importantes. Los días en los que te toca a ti, miras a la clase con esperanza mientras buscan la trama en las hojas mimeografiadas, frunciendo el ceño. Te miran, aspiran el humo con intensidad y luego te sonríen dulcemente.

Pasas demasiado tiempo abatida y desmoralizada. Tu novio sugiere que salgas a andar en bicicleta. Tu compañera de cuarto sugiere que cambies de novio. Te dicen que te estás auto-castigando y perdiendo peso, pero continúas escribiendo. La única felicidad que tienes es escribir algo nuevo, en el medio de la noche, con las axilas transpiradas, el corazón golpeando, algo que todavía nadie leyó. Lo único que tienes son esos breves, frágiles, incontrastables momentos de éxtasis en los que sabes: eres una genia. Date cuenta lo que tienes que hacer. Cambia de carrera. Los chicos de la guardería se entristecerán, pero tienes una vocación, una urgencia, una falsa ilusión, un hábito desafortunado. Estás, como diría tu madre, juntándote con gente que no te conviene.

¿Por qué escribir? ¿De dónde viene la escritura? Estas son preguntas que te haces a ti misma. Se parecen a: ¿De dónde viene el polvo? O: ¿Por qué hay guerras? O: Si hay un Dios, ¿por qué mi hermano es ahora un paralítico? Estas son preguntas que guardas en tu billetera, como tarjetas telefónicas. Estas son preguntas que, como dice tu profesor de escritura creativa, es bueno explorar en tu diario personal, pero raramente en la ficción.

El profesor de este semestre enfatiza el Poder de la Imaginación. Eso significa que no quiere largas historias descriptivas sobre tu viaje de campamento de julio pasado. Quiere que empieces en un contexto realista para luego alterarlo. Como si recombinaras ADN. Quiere que dejes navegar tu imaginación, y que tus velas se hinchen como una panza. Esto último es una cita de Shakespeare.

Cuéntale a tu compañera de cuarto tu gran idea, tu gran ejercicio de poder imaginativo: una transformación de Melville a la vida contemporánea. Será sobre la monomanía y sobre el mundo pez-grande-come-pechico de las compañías de seguros de vida de Rochester, New York. La primera línea será: “Llámame Pezchico”, y tratará sobre un hombre casado, menopáusico y suburbano, llamado Richard, a quién, como está todo el tiempo deprimido su ingeniosa esposa llama “Mufi Dick”. Dile a tu compañera de cuarto: “Mufi Dick, ¿entiendes?”. Tu compañera de cuarto te mira, su cara blanca como un Kleenex. Viene hasta ti, con aire compañero y pone su brazo en tu espalda encorvada. “Escúchame, Francie”, dice lentamente, como si fuera tu fonocloga. “Salgamos a tomar una cerveza”. A la gente de la clase tampoco le gusta esta historia. Sospechas que están empezando a sentir lástima por ti. Ellos dicen: “Tienes que pensar en lo que pasa. ¿Cuál es la historia ahí?”.

El semestre siguiente el profesor está obsesionado con escribir a partir



de experiencias personales. Tienes que escribir sobre lo que sabes, basándote en algo que te pasó. Quiere muertes, quiere viajes de campamento. Reflexiona sobre lo que te ha pasado. En los últimos tres años pasaron tres cosas: perdiste tu virginidad; tus padres se divorciaron; y tu hermano volvió de un bosque a 15 kilómetros de la frontera con Camboya con sólo la mitad de su muslo y una mueca permanente anidada en un costado de la boca.

Sobre la primera cosa escribes: “Creó un nuevo espacio, que dolió y gritó con una voz que no era mía: ‘No soy más la que era, pero voy a estar bien’”.

Sobre lo segundo escribes una larga historia sobre una pareja de ancianos que tropiezan accidentalmente con una mina en su cocina y vuelan en pedazos. La llamas: “Hasta que la mortadela nos separe”. Sobre lo último no escribes nada. No hay palabras para eso. Tu máquina de escribir zumba. No puedes encontrar palabras.

En las fiestas de la universidad, la gente dice: “Ah, ¿escribes? ¿sobre qué escribes?”. Tu compañera de cuarto, que ha tomado mucho vino, comido muy poco queso y casi ninguna galletita, dice: “Por dios, siempre escribes sobre el idiota del novio”.

Más tarde aprenderás que los escritores son simplemente textos abiertos e indefensos, sin ningún entendimiento de lo que han escrito y que, por lo tanto, deben confiar en cualquier cosa que se diga de ellos. Tú, en cambio, no has alcanzado ese nivel de refinamiento literario. Te pones rígida y dices: “No hago eso”, de la misma manera en la que se lo dijiste a alguien en cuarto grado cuando te acusó de disfrutar las clases de oboe y dijo que no eran tus padres los que te forzaban a tomarlas.

Insiste con que no estás muy interesada en ningún tema en particular, que estás interesada en la música del lenguaje, que estás interesada en, en, sílabas, porque son los átomos de la poesía, las células de la mente, la respiración del alma. Empieza a sentirte mareada. Fija la vista en tu vaso de plástico lleno de vino.

“¿Sílabas?”, escucharás que alguien pregunta, a la distancia, alejándose lentamente hacia la seguridad del bol de salsa.

Comienza a preguntarte sobre qué escribes en realidad. O si tienes algo para decir. O si existe eso que llaman algo para decir. Limita tus pensamientos a no más de diez minutos al día; como las flexiones, pueden hacerte adelgazar.

Leerás en algún lugar que toda la escritura tiene que ver con los genitales propios. No pienses demasiado en eso. Te pondría nerviosa.

Tu madre vendrá a visitarte. Examinará los círculos debajo de tus ojos

y te entregará un libro marrón con un portafolios marrón en la tapa. Se llama: Cómo convertirse en una Ejecutiva de Negocios. También trajo la enciclopedia “Nombres para su bebé”, que tú misma le pediste; uno de tus personajes, la maestra de primaria / payaso, necesita un nombre. Tu madre sacudirá la cabeza y dirá: “Francie, Francie, ¿te acuerdas cuando ibas a ser psicóloga infantil?”

Di: “Ma, me gusta escribir”.

Ella dirá: “Claro que te gusta escribir. Por supuesto. Claro que te gusta escribir.”

Escribe una historia sobre una estudiante de música confundida y llámala: “Schubert era el de Anteojos, ¿no?”. No es un gran éxito, aunque a tu compañera de cuarto le gusta la parte en la que los dos violinistas vuelan en pedazos accidentalmente durante un concierto. “Salí con un violinista una vez”, dice ella, reventando su globo de chicle.

Gracias a dios estás cursando otras clases. Puedes encontrar refugio en los enredos ontológicos del siglo XIX y en los rituales de apareo de los invertebrados. Algunos moluscos globulares practican lo que se denomina “Sexo por el brazo”. El pulpo macho, por ejemplo, pierde el extremo de su brazo cuando lo introduce en el cuerpo de la hembra durante el coito. Los biólogos marinos lo llaman “Séptimo cielo”. Alégrate de saber estas cosas. Alégrate de no ser solo una escritora. Inscríbete en la facultad de Derecho.

A partir de aquí pueden pasar muchas cosas. Pero la principal es ésta: decides no empezar abogacía después de todo, y, en cambio, pasas una gran parte de tu vida adulta diciéndole a la gente cómo decidiste al final no empezar abogacía. De alguna manera terminas escribiendo de nuevo. Quizás haces una licenciatura. Quizás tomas trabajos temporarios y clases de escritura a la noche. Quizás trabajas y escribes todos los comentarios interesantes y las confesiones íntimas que escuchas durante el día. Quizás estás perdiendo tus amigos, tus conocidos, tu equilibrio.

Te peleaste con tu novio. Ahora sales con hombres que, en vez de susurrarte “Te quiero”, gritan: “Hagámoslo, nena”. Esto es bueno para tu escritura.

Tarde o temprano terminas un manuscrito, más o menos. La gente lo mira vagamente confundida y dice: “Parece que ser escritora siempre fue un sueño para ti, ¿no?”. Tus labios se secan como la sal. Di que de todos los sueños de este mundo, no puedes imaginar que ser escritora siquiera esté entre los primeros veinte. Diles que ibas a ser psicóloga infantil. “Claro”, dirán suspirando, “eres bárbara con los chicos”. Frunce el entrecejo. Diles que eres una navaja caminando.



Abandona las clases. Abandona los trabajos. Retira los ahorros del banco. Ahora tienes tanto tiempo como picazón en las manos. Lentamente copia todas las direcciones de tus amigos en una nueva agenda. Pasa la aspiradora. Mastica chicles para la tos. Guarda una carpeta llena de notas.

Un párpado oscureciéndose en el costado.

El mundo como conspiración. ¿Argumento posible? Una mujer sube al colectivo. Imagínate que organizas una historia de amor y nadie viene.

En casa toma mucho café. En el Howard Johnson pide ensalada de repollo. Piensa cómo la ensalada se parece a un mapa hecho papel picado: dónde estuviste, hacia dónde vas: “Usted está aquí”, dice la estrella roja en la parte de atrás del menú.

Ocasionalmente una cita con la cara blanca como un papel te pregunta si los escritores se desaniman con frecuencia. Contesta que a veces se desaniman y a veces no. Di que se parece mucho a tener la polio. “Interesante”, sonrío tu cita, y luego mira los pelos de su brazo y empieza a alisarlos, a todos, siempre, en la misma dirección.

“How to Become a Writer” es tomado del libro de cuentos Self-Help de Lorrie Moore (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985, 163 págs.)



**Cenando
con
Murakami**

ABDÓN UBIDIA

N

o era un sueño. Estaba conversando con él. Frente a frente. Le pregunté que cuántas horas de escritura diaria ocupaba en planificar sus obras. Me dijo que ninguna. Que escribía de corrido, sin parar. Sin ninguna planificación. ¿Y Kafka en la orilla también? También, respondió. Entonces usted es un ajedrecista que puede prever muchas jugadas, le dije. Se defendió. Pues no. No anticipo nada. ¿Nada? Silencio de los amigos que cenábamos con él. El asombro duró unos segundos balbuceantes. Que Murakami es un genio todos lo sabemos. Que nunca seremos Murakami, también. Pero que su cabeza pueda contener, ya hechas, complejidades tan perfectas y refinadas, como esas tramas, personajes, escenarios tan diversos, realistas y sobrenaturales, que se suceden, sin solución de continuidad, en sus enormes novelas, era cosa del demonio. Lo que pasa, dijo, como disculpándose, es que corrijo siete veces un libro. Lo reescribo siete veces. Así tengo como reajustarlo hasta que quede bien. Qué alivio, dije.

Hablaba de modo tan sencillo que parecía no darse cuenta de que era Murakami.

A su lado, su esposa, una señora delicada, casi transparente, asentía con una sonrisa dulce. El contraste entre los dos era claro. Ella era de Tokio. Él, de un pueblo cercano a Kioto. Ella, como venida del cielo con la única misión de escoltarlo y protegerlo hasta de las fotos impertinentes. Él, como salido del puro barrio, pequeño,

moreno, un oriental que podía pasar por un cholito peruano sin pretensiones. Ella que no quería responder a ninguna pregunta personal pues a los ángeles de la guardia no les ha sido dada una vida propia. Él que contestaba y comentaba, sin reserva ni contención, de un modo muy claro, lo que se le inquiriera o contara.

Por suerte, los invitados fueron pocos y faltaron la mitad. De modo que la reunión terminó siendo una cena casi íntima. A propósito de su costumbre de correr 10 km diarios y de su libro *De qué hablo cuando hablo de correr*, Kintto Lucas le contó que su mujer, Rosa, participaba en maratones mundiales. Murakami se entusiasmó y dejó ver que ese deporte, para nosotros, extremo, le interesaba tanto o más que la literatura. Él también corría maratones. En su libro *De qué hablo cuando hablo de escribir* dice que la combinación de ejercicio y escritura es ideal. Y añade una condena lapidaria: Un escritor está acabado cuando engorda. Al leerla, se me vinieron al recuerdo, como auxilios burlones, los cuerpos repletos de Balzac, Chesterton y los de los grandes enfermos de la literatura: Proust y demás almas sufrientes. Para colmo, Murakami había escrito ese otro libro detallado en defensa de la gran escritura y la buena salud: el mentado *De qué hablo cuando hablo de correr*. Obvio. Preferí callarme.

Luego, por suerte, la conversación giró hacia su reciente visita a Las Galápagos. Cambió de actitud. Ahora, entre preguntas y respuestas, se iba, cada tanto, del mundo, sumido en bruscos silencios de cabeza ladeada y ojos fijos en puntos imaginarios en medio de la nada. Sin duda, no quería perderse las ráfagas de recuerdos que atesoraba solo en su memoria, pues, nunca necesitaba, según dijo, de apuntes ni libretas de notas. Entonces me pareció entrever, en sus ojillos orientales, el destello furtivo de la iguana galapaguense que asomará, más que seguro, en algún futuro relato suyo.

Y hablamos de historias y libros. Darwin. Piratas y nazis escondidos, la enigmática baronesa de Wagner, la novela de Vásquez Hurtado y sus gatos negros, la de Hugo Idrovo, y, antes que nada, el bello y tenebroso libro de Melville, *Las Encantadas*. Edgar Allan García le contó que una de las islas fue convertida, en el siglo XIX, en colonia penitenciaria. Lucho, con su impecable inglés, aportó con nuevos datos. Yo le recordé que Melville refería en su libro que una isla, habitada por colonos díscolos traídos del continente, le fue entregada, nada menos que por el Perú, a un señor como pago a sus servicios en tiempos de la Independencia. Imposible gobernarlos. Lo hizo con un ejército de perros feroces entrenados por él. Así pudo lograr su peculiar dictadura. Murakami se interesó como un niño ante un regalo. Preguntó por lugares y épocas. Nunca había oído hablar de ese libro de Melville. Lo iba a leer de inmediato.

Me puse a mirar su cráneo. Braquicéfalo, es decir, redondo como lo tienen los asiáticos y los indios americanos como prueba de que son parientes. No era una gran cabeza. Algo armoniosa, sí. A pesar de la frente corrida hacia atrás y las entradas en


el pelo hirsuto. Una cara algo aplastada. Cejas como acentos circunflejos muy arriba de los ojos rasgados y diminutos como signos de puntuación. Nada que ver con las cabezas espléndidas de Borges, Cortázar o Vargas Llosa. Pero allí se podían adivinar las perfectas conexiones sinápticas que le permitían tramar sus fantásticas historias. Todo un chisporroteo interior que apenas si llegaba, manso ya, a la voz tranquila, mesurada, en una palabra, tan igual al estilo de su escritura. De ese cráneo, nada grande, brotaron como enredaderas, intrincadas y frondosas, novelas como Kafka en la orilla —siempre en primer lugar—, El pájaro que da cuerda al mundo, o 1Q84. Prodigios de una imaginación que explotaba muy arriba con juegos pirotécnicos armónicos y grandiosos para apagarse, apacibles, en medio de la noche del lector alelado.

Yo no sé si los libros de Murakami nos cambien la vida, nos rompan el espíritu como lo hicieron Tolstoi, Dostoievski, Flaubert o Faulkner; Duras o MacCullers; Kawabata o Mishima. Y nos dejen una herida perdurable que no cicatrizará jamás. Una sabiduría suprema. Un hachazo en el corazón. Es demasiado pronto para saberlo. Eso se sabe con los años. Con el recuerdo que sangra. Entre tanto, prefiero imaginar a Murakami como un ejecutante, como un virtuoso, como uno de esos músicos de jazz que más allá de la obra compuesta, se lucen en la interpretación, improvisando vuelos riesgosos, pero con la certeza de las aves que saben lo que deben hacer para no morir en el intento. Por allí andan Thelonius Monk y Charlie Parker. Creo que Murakami es de ellos. No en vano tuvo durante muchos años un bar de Jazz en pleno Tokio, El gato Pedro —antes de empezar a escribir—, y con la ayuda de su mujer de siempre, Yoko, para nada la señora aristocrática que yo había prefigurado. Un matrimonio childfree, sin hijos por elección.

Realmente, a mí no me importa, si compositor o ejecutante, la verdad es que, más allá del asombro, disfruto de su escritura como de una música bella.

Durante la cena hubo muchas más preguntas y Pavel Egüez le regaló el dibujo de un gato. Kintto habló de poesía. Murakami dijo que ella siempre es ambigua, distinta de la prosa que es concreta. Algunos poemas de Ginsberg nunca pudo traducir.

Muy de noche tuve un sueño. Que esa cena continuaba. Con todos los comensales en ella. Incluidos Raúl Pérez Torres, el Maestro Antonio, Pavel, Pablo y la dulce traductora de Murakami, Rocío. Entre las sombras, alguien le preguntó —en el sueño, digo—, que cómo describiría el salto de un gato. Vívidamente, Murakami respondió, con su sencillez habitual, que todo dependía de que si era cuento o novela. En un cuento solo diría que el gato saltó. Pero en una novela se vería obligado a nombrar, poco a poco, el encogimiento previo del cuerpo elástico, la expectativa de garras que se aferran a un borde y luego el esplendor de la fiera que se alarga en el aire, antes de la graciosa caída. Eso hace en sus novelas, pensé.

A photograph of a modern library interior. The room features a long, dark wood bookshelf filled with books, extending along the right wall. Large windows on the left side offer a view of a green landscape. The floor is light-colored and reflective. In the foreground, a dark chair is visible on the left. The overall atmosphere is clean and minimalist.

LOS LIBROS DE PRÓSPERO

Prospero's Books (1991) del cineasta británico Peter Greenaway imagina los 24 libros con los que Próspero viaja en su barco cuando es desterrado. La película es una adaptación muy personal de *La tempestad* de William Shakespeare. El texto que viene a continuación es parte del guion publicado la editorial Four Walls and Eight Windows en Nueva York en 1991. Está concebido como un relato literario, como una serie de fichas que describen todos esos libros que acompañan a Próspero en su destierro. Es la primera vez que estos textos se publican completos en español.

PETER GREENAWAY

Traducción de Marcelo Báez Meza

o. Preface

These are the twenty-four books that Gonzalo hastily threw into Prospero's boat as he was called pushed out into the sea to begin his exile. These books enabled Prospero to find his way across the oceans, to combat the malignancies of Sycorax, to colonise the island, to free Ariel, to educate and entertain Miranda and to summon tempests and bring his enemies to heel.

1. The Book of Water

This is a waterproof-covered book which has lost its colour by much contact with water. It is full of investigative drawings and exploratory text written on many different thicknesses of paper. There are drawings of every conceivable watery association - seas, tempests, rain, snow, clouds, lakes, waterfalls, streams, canals, water-mills, shipwrecks, floods and tears. As the pages are turned, the watery elements are often animated. There are rippling waves and slanting storms. Rivers and cataracts flow and bubble. Plans of hydraulic machinery and maps of weather-forecasting flicker with arrows, symbols and agitated diagrams. The drawings are all made by one hand. Perhaps this is a lost collection of drawings by da Vinci bound into a book by the King of France at Amboise and bought by the Milanese Dukes to give to Prospero as a wedding present.

2.- A Book of Mirrors

Bound in a gold cloth and very heavy, this book has some eighty shining mirrored pages; some opaque, some translucent, some manufactured with silvered papers, some coated in paint, some covered in a film of mercury that

o. Prefacio

Estos son los veinticuatro libros que Gonzalo arrojó apresuradamente a la barca de Próspero cuando éste fue llamado y empujado al mar para iniciar su destierro. Estos libros permitieron a Próspero encontrar el camino a través de los océanos, combatir las malignidades de Sycorax, colonizar la isla, liberar a Ariel, educar y entretener a Miranda y convocar tempestades y doblegar a sus enemigos.

1. El Libro del Agua

Se trata de un libro impermeable que ha perdido su color por el contacto con el agua. Está lleno de dibujos de investigación y textos de exploración escritos en papel de diferentes grosores. Hay dibujos de todas las asociaciones acuáticas imaginables: mares, tempestades, lluvia, nieve, nubes, lagos, cascadas, arroyos, canales, molinos de agua, naufragios, inundaciones y lágrimas. A medida que las páginas son pasadas, los elementos acuáticos se animan a menudo. Hay olas ondulantes y tormentas inclinadas. Ríos y cataratas que fluyen y burbujan. Planos de maquinaria hidráulica y mapas de previsión meteorológica parpadean con flechas, símbolos y diagramas agitados. Los dibujos están hechos por una sola mano. Quizá se trate de una colección perdida de dibujos de Da Vinci encuadrados en un libro por el Rey de Francia en Amboise y comprada por los Duques de Milán para dárselos a Próspero como regalo de bodas.

2. El libro de los espejos

Encuadrado en una tela dorada y muy pesada, este libro tiene unas ochenta páginas espejadas brillantes; algunas opacas, otras translúcidas, algunas fabricadas con papeles plateados, otras recubiertas de pintura, otras cubiertas de una pelí-

will roll off the page unless treated cautiously.

Some mirrors simply reflect the reader, some reflect the reader as he was three minutes previously, some reflect the reader as he will be in a year's time, as he would be if he were a child, a woman, a monster, an idea, a text or an angel. One mirror constantly lies, one mirror sees the world backwards, another upside down. One mirror holds on to its reflections as frozen moments infinitely recalled. One mirror simply reflects another mirror across a page. There are ten mirrors whose purpose Prospero has yet to define.

3. A Book of Mythologies

This is a large book. Prospero on some occasions has described it as being as much as four metres wide and three metres high. It is bound in a shining yellow cloth that, when polished, gleams like brass. It is a compendium, in text and illustration, of mythologies with all their variants and alternative tellings; cycle after cycle of interconnecting tales of gods and men from all the known world, from the icy North to the deserts of Africa, with explanatory readings and symbolic interpretations. Its authority and information is richest in the Eastern Mediterranean, in Greece and Rome, in Israel, in Athens and Rome, Bethlehem and Jerusalem, where it supplements its information with genealogies, natural and unnatural. To a modern eye, it is a combination of Ovid's *Metamorphoses*, Frazer's *The Golden Bough* and Foxe's *Book of Martyrs*. Every tale and anecdote has an illustration. With this book as a concordance, Prospero can collect together, if he so wishes, all those gods and men who have achieved fame or infamy through water, or through fire, through deceit, in association with

cula de mercurio que se desprenderá de la página a menos que se trate con precaución.

Algunos espejos simplemente reflejan al lector, otros reflejan al lector tal y cómo era tres minutos antes, otros reflejan al lector cómo será dentro de un año, como sería si fuera un niño, una mujer, un monstruo, una idea, un texto o un ángel. Un espejo miente constantemente, un espejo ve el mundo al revés, otro patas arriba. Un espejo retiene sus reflejos como momentos congelados infinitamente recordados. Un espejo simplemente refleja otro espejo a través de una página. Hay diez espejos cuyo propósito Próspero aún no ha definido.

3. El libro de las mitologías

Se trata de un libro de gran tamaño. Próspero lo ha descrito en alguna ocasión como de hasta cuatro metros de ancho y tres de alto. Está encuadernado en una brillante tela amarilla que, cuando se pule, brilla como el latón. Es un compendio, en texto e ilustraciones, de mitologías con todas sus variantes y relatos alternativos; un ciclo tras otro de historias interconectadas de dioses y hombres de todo el mundo conocido, desde el helado Norte hasta los desiertos de África, con lecturas explicativas e interpretaciones simbólicas. Su autoridad e información es más rica en el Mediterráneo oriental, en Grecia y Roma, en Israel, en Atenas y Roma, Belén y Jerusalén, donde complementa su información con genealogías, naturales y no naturales. Para un ojo moderno, es una combinación de las *Metamorfosis* de Ovidio, *La rama dorada* de Frazer y el *Libro de los mártires* de Foxe. Cada cuento y anécdota tiene una ilustración. Con este libro como concordancia, Próspero puede reunir, si así lo desea, a todos aquellos dioses y hombres que han alcanzado la fama o la infamia a través del agua, del fuego, o del engaño, en asociación con

horses or trees or pigs or swans or mirrors, pride, envy or stick-insects.

4. A Primer of the Small Stars

This is a small, black, leather-covered navigational aid. It is full of folded maps of the night skies that tumble out, belying the modest size of the book. It is a depiction of the sky reflected in the seas of the world when they are still, for it is complete with blanks where the land masses of the globe have interrupted the oceanic mirror. This, to Prospero, was its greatest usage, for in steering his leaky vessel to such a small blank space in a sea of stars, he found his island. When opened, the primer's pages twinkle with travelling planets, flashing meteors and spinning comets. The black skies pulsate with red numbers. New constellations are repeatedly joined together by fast-moving, dotted lines.

5. An Atlas Belonging to Orpheus.

Bound in a battered and burnt, enamelled-green tin cover, this atlas is divided into two sections. Section One is full of large maps of the travel and usage of music in the classical world. Section Two is full of maps of Hell. It was used when Orpheus journeyed into the Underworld to find Eurydice, and the maps, as a consequence, are scorched and charred by Hellfire and marked with the teeth-bites of Cerberus. When the atlas is opened, the maps bubble with pitch. Avalanches of hot, loose gravel and molten sand fall out of the book to scorch the library floor.

caballos o árboles o cerdos o cisnes o espejos, el orgullo, la envidia o los insectos-palo.

4. Una cartilla de las Pequeñas Estrellas

Se trata de un pequeño manual de navegación, negro y forrado en cuero. Está repleto de mapas plegados de los cielos nocturnos que se desprenden, contradiciendo el modesto tamaño del libro. Es una representación del cielo reflejado en los mares del mundo cuando están quietos, ya que está lleno de espacios en blanco donde las masas de tierra del globo han interrumpido el espejo oceánico. Para Próspero, ésta era su mayor utilidad, pues al dirigir su nave agujereada hacia un pequeño espacio en blanco en un mar de estrellas, encontró su isla. Cuando se abren, las páginas de la cartilla centellean con planetas viajeros, meteoros centelleantes y cometas giratorios. El cielo negro palpita con números rojos. Nuevas constelaciones se unen una y otra vez mediante líneas de puntos que se mueven rápidamente.

5. Un atlas propiedad de Orfeo

Encuadernado en una cubierta de hojalata verde esmaltada, maltratada y quemada, este atlas se divide en dos secciones. La primera está repleta de grandes mapas de los viajes y el uso de la música en el mundo clásico. La segunda sección está llena de mapas del Infierno. Se utilizó cuando Orfeo viajó al Inframundo para encontrar a Eurídice, y los mapas, como consecuencia, están chamuscados y carbonizados por el fuego del Infierno y marcados con los mordiscos de Cerbero. Cuando se abre el atlas, los mapas burbujan con brea. Avalanchas de grava caliente y suelta y arena fundida caen del libro para calcinar el suelo de la biblioteca.

6. A Harsh Book of Geometry

This is a thick, brown, leather-covered book, stippled with gold numbers. When opened, complex three-dimensional geometrical diagrams rise up out of the pages like models in a pop up book. The pages flicker with logarithmic numbers and figures. Angles are measured by needle-thin metal pendulums that swing freely, activated by magnets concealed in the thick paper.

7. The Book of Colours

This is a large book bound in crimson watered silk. It is broader than it is high, and when opened the double-page spread makes a square. The three hundred pages cover the colour spectrum in finely differentiated shades moving from black back to black again. When opened at a double spread, the colour so strongly evokes a place, an object, a location or a situation that the associated sensory sensation is directly experienced. Thus a bright yellow-orange is an entry into a volcano and a dark blue-green is a reminder of deep sea where eels and fish swim and splash your face.

8. The Vesalius Anatomy of Birth

Vesalius produced the first authoritative anatomy book; it is astonishing in its detail, macabre in its single-mindedness. This Anatomy of Birth, a second volume now lost, is even more disturbing and heretical. It concentrates on the mysteries of birth. It is full of descriptive drawings of the workings of the human body which, when the pages open, move and throb and bleed. It is a banned book that queries the unnecessary processes of ageing, bemoans the wastages associated with progeneration, condemns the

6. El áspero libro de Geometría

Se trata de un libro grueso, marrón, forrado en cuero y salpicado de números dorados. Al abrirlo, complejos diagramas geométricos tridimensionales surgen de las páginas como maquetas de un libro desplegable. Las páginas parpadean con cifras y números logarítmicos. Los ángulos se miden con finos péndulos metálicos que oscilan libremente, activados por imanes ocultos en el grueso papel.

7. El Libro de los Colores

Se trata de un gran libro encuadernado en seda carmesí aguada. Es más ancho que alto y, al abrirlo, la doble página forma un cuadrado. Las trescientas páginas cubren el espectro de colores en tonos finamente diferenciados que van del negro al negro de nuevo. Cuando se abre a doble página, el color evoca con tanta fuerza un lugar, un objeto, un sitio o una situación que la sensación sensorial asociada se experimenta directamente. Así, un amarillo anaranjado brillante es la entrada a un volcán y un azul verdoso oscuro recuerda las profundidades marinas donde nadan anguilas y peces que te salpican la cara.

8. Anatomía del nacimiento de Vesalio

Vesalio produjo el primer libro autorizado de Anatomía; es asombroso en su detalle, macabro en su determinación. Esta Anatomía del nacimiento, un segundo volumen hoy perdido, es aún más inquietante y herética. Se centra en los misterios del nacimiento. Está lleno de dibujos descriptivos del funcionamiento del cuerpo humano que, cuando se abren las páginas, se mueven, palpitan y sangran. Es un libro prohibido que cuestiona los procesos innecesarios del envejecimiento, lamenta los despilfarros asociados a la progeneración, conde-

pains and anxieties of childbirth and generally questions the efficiency of God.

9. An Alphabetical Inventory of the Dead

This is a funereal volume, long and slim and bound in silver bark. It contains all the names of the dead who have lived on earth. The first name is Adam and the last is Susannah, Prospero's wife. The names are written in many inks and many calligraphies and are arranged in long columns that sometimes reflect the alphabet, sometimes a chronology of history, but often use taxonomies that are complicated to unravel, such that you may search many years to find a name, but be sure it will be there. The pages of the book are very old and are watermarked with a collection of designs for tombs and columbariums, elaborate headstones, graves, sarcophagi and other architectural follies for the dead, suggesting the book had other purposes, even before the death of Adam.

10. A Book of Travellers' Tales

This is a book that is much damaged, as though used a great deal by children who have treasured it. The scratched and rubbed crimson leather covers, once inlaid with a figurative gold design, are now so worn that the pattern is ambiguous and a fit subject for much speculation. It contains those marvels that travellers talk of and are not believed. Men whose heads stood in their breasts', bearded women, a rain of frogs, cities of purple ice, singing camels, Siamese twins', mountaineers dew-lapped like bulls. It is full of illustrations and has little text.

na los dolores y ansiedades del parto y, en general, cuestiona la eficacia de Dios.

9. Inventario alfabético de los muertos

Se trata de un volumen fúnebre, largo y delgado, encuadernado en corteza de plata. Contiene todos los nombres de los muertos que han vivido en la tierra. El primer nombre es Adán y el último Susannah, la mujer de Próspero. Los nombres están escritos con muchas tintas y muchas caligrafías y están ordenados en largas columnas que a veces reflejan el alfabeto, a veces una cronología de la historia, pero a menudo utilizan taxonomías complicadas de desentrañar, de tal forma que puede que busques muchos años para encontrar un nombre, pero ten por seguro que estará ahí. Las páginas del libro son muy antiguas y llevan filigranas con una colección de diseños de tumbas y columbarios, elaboradas lápidas, tumbas, sarcófagos y otras locuras arquitectónicas para los muertos, lo que sugiere que el libro tenía otros fines, incluso antes de la muerte de Adán.

10. Libro de cuentos de viajeros

Se trata de un libro muy deteriorado, como si lo hubieran utilizado mucho los niños que lo atesoraron. Las cubiertas de cuero carmesí, arañadas y carcomidas, que alguna vez tuvieron incrustaciones de un diseño figurativo dorado, están ahora tan desgastadas que el dibujo es ambiguo y da pie a muchas especulaciones. Contiene esas maravillas de las que hablan los viajeros y que no se creen. Hombres con la cabeza en el pecho, mujeres barbudas, lluvia de ranas, ciudades de hielo púrpura, camellos que cantan, gemelos siameses, montañas de nieve, montañenses con un colgajo en el cuello como los toros. Está lleno de ilustraciones y tiene poco texto.

11. The Book of the Earth

A thick book covered in khaki-coloured webbing, its pages are impregnated with the minerals, acids, alkalis, elements, gums, poisons, balms and aphrodisiacs of the earth. Strike a thick scarlet page with your thumbnail to summon fire. Lick a grey paste from another page to bring poisonous death. Soak a further page in water to cure anthrax. Dip another in milk to make soap. Rub two illustrated pages together to make acid. Lay your head on another page to change the colour of your hair. With this book Prospero savoured the geology of the island. With its help, he mined for salt and coal, water and mercury; and also for gold, not for his purse, but for his arthritis.

12. A Book of Architecture and Other Music

When the pages are opened in this book, plans and diagrams spring up fully-formed. There are definitive models of buildings constantly shaded by moving cloud-shadow. Noontime piazzas fill and empty with noisy crowds, lights flicker in nocturnal urban landscapes and music is played in the halls and towers. With this book, Prospero rebuilt the island into a palace of libraries that recapitulate all the architectural ideas of the Renaissance.

13. The Ninety-Two Conceits of the Minotaur

This book reflects on the experience of the Minotaur, the most celebrated progeny of bestiality. It has an impeccable classical mythology to explain provenance and pedigrees that include Leda, Europa, Daedalus, Theseus

11. El Libro de la Tierra.

Se trata de un grueso libro forrado de tela de color caqui, cuyas páginas están impregnadas de minerales, ácidos, alcalinos, elementos, gomas, venenos, bálsamos y afrodisíacos de la tierra. Golpea una gruesa página escarlata con la uña del pulgar para invocar el fuego. Lame una pasta gris de otra página para provocar una muerte venenosa. Sumerge otra página en agua para curar el ántrax. Sumerge otra en leche para hacer jabón. Frota dos páginas ilustradas para hacer ácido. Coloca la cabeza sobre otra página para cambiar el color del pelo. Con este libro, Próspero saboreó la geología de la isla. Con su ayuda, buscó sal y carbón, agua y mercurio; y también oro, no para su monedero, sino para su artritis.

12. Un libro de arquitectura y otra música

Cuando se abren las páginas de este libro, surgen planos y diagramas totalmente formados. Hay maquetas definitivas de edificios constantemente sombreados por nubes-sombra en movimiento. Las plazas del mediodía se llenan y vacían de multitudes ruidosas, las luces parpadean en paisajes urbanos nocturnos y la música suena en los salones y las torres. Con este libro, Próspero reconstruyó la isla en un palacio de bibliotecas que recapitulan todas las ideas arquitectónicas del Renacimiento.

13. Las noventa y dos presunciones del Minotauro

Este libro reflexiona sobre la experiencia del Minotauro, la progenie más célebre de la bestialidad. Cuenta con una impecable mitología clásica para explicar su procedencia y pedigrees que incluyen a Leda, Europa, Dédalo, Teseo y Ariadna.

and Ariadne. Since Caliban -like centaurs, mermaids, harpies, the sphinx, vampires and werewolves - is the offspring of bestiality, he would find this book of great interest. Mocking Ovid's Metamorphoses, it tells the story of ninety-two hybrids. It should have told a hundred, but the puritanical Theseus had heard enough and slew the Minotaur before he could finish. When opened, the book exudes yellow steam and it coats the fingers with a black oil.

14. The Book of Languages

This is a large, thick book with a blue-green cover that rainbow-hazes in the light. More a box than a book, it opens in unorthodox fashion, with a door in its front cover. Inside collection of eight smaller books arranged like bottles in a medicine case. Behind these eight books are another eight books, and so on. To open the smaller books is to let loose many languages. Words and sentences, paragraphs and chapters gather like tadpoles in a pond in April or starlings in a November evening sky.

15. End-plants

Looking like a log of ancient, sea-soned wood, this is a herbal to end all herbals, concerning itself with the most venerable plants that govern life and death. It is a thick block of a book with varnished wooden covers that have been at one time, and probably still are, inhabited by minute tunnelling insects. The pages are stuffed with pressed plants and flowers, corals and sea-weeds, and around the book hover exotic butterflies, dragonflies, fluttering moths, bright beetles and a cloud of golden pollen-dust. It is simultaneously a honeycomb, a hive, a garden and an ark for insects. It is an encyclopedia of pollen, scent and pheromone.

Dado que Calibán -como los centauros, las sirenas, las arpías, la esfinge, los vampiros y los hombres lobo- es hijo de la zoofilia, este libro le resultaría de gran interés. Burlándose de las Metamorfosis de Ovidio, cuenta la historia de noventa y dos híbridos. Debería haber contado cien, pero el puritano Teseo ya había oído bastante y mató al Minotauro antes de que pudiera terminar. Cuando se abre, el libro exuda un vapor amarillo y los dedos se cubren de un aceite negro.

14. El libro de los lenguajes

Se trata de un libro grande y grueso con una cubierta azul verdosa que se tiñe de arco iris con la luz. Más una caja que un libro, se abre de forma poco ortodoxa, con una puerta en su cubierta frontal. En su interior hay una colección de ocho libros más pequeños dispuestos como frascos en un botiquín. Detrás de estos ocho libros hay otros ocho, y así sucesivamente. Abrir los libros más pequeños es dar rienda suelta a muchos idiomas. Palabras y frases, párrafos y capítulos se reúnen como renacuajos en un estanque en abril o estorninos en el cielo de un atardecer de noviembre.

15. Plantas finales

Con el aspecto de un tronco de madera anti-gua, apedreada por el mar, ésta es una hierba para acabar con todas las hierbas, que se ocupa de las plantas más venerables que gobiernan la vida y la muerte. Es un grueso bloque de libro con tapas de madera barnizada que han estado habitadas en algún momento, y probablemente aún lo están, por diminutos insectos tuneladores. Las páginas están rellenas de plantas y flores prensadas, corales y algas marinas. Alrededor del libro revolotean mariposas exóticas, libélulas, polillas que revolotean, escarabajos brillantes y una nube de polen dorado. Es al mismo tiempo un panal, una colmena, un jardín y un arca para los insectos. Es una enciclopedia de polen, olor y feromonas.

16. A Book of Love

This is a small, slim, scented volume bound in red and gold, with knotted crimson ribbons for page-markers. There is certainly an image in the book of a naked man and a naked woman, and also an image of a pair of clasped hands. These things were once spotted, briefly, in a mirror, and that mirror was in another book. Everything else is conjecture.

17. A Bestiary of Past, Present and Future Animals

This is a large book, a thesaurus of animals, real, imaginary and apocryphal. With this book Prospero can recognise cougars and marmosets and fruit-bats and manticores and dromersels, the cameleopard, the chimera and the cattamorrain.

18. The Book of Utopias

This is a book of ideal societies. With the front cover bound in gold leather and the back bound in black slate, it has five hundred pages, six hundred and sixty-six indexed entries and a preface by Sir Thomas More. The first entry is a consensus description of Heaven and the last is one of Hell. There will always be someone on earth whose utopian ideal will be Hell. In the remaining pages of the book, every known and every imagined political and social community is described and evaluated, and twenty-five pages are devoted to tables where the characteristics of all societies can be isolated, permitting a reader to sort and match his own utopian ideal.

16. Un libro de amor

Se trata de un volumen pequeño, delgado y perfumado, encuadernado en rojo y dorado, con cintas carmesíes anudadas como marcapáginas. Ciertamente, en el libro hay una imagen de un hombre y una mujer desnudos, y también una imagen de un par de manos entrelazadas. Estas cosas se vieron una vez, brevemente, en un espejo, y ese espejo estaba en otro libro. Todo lo demás son conjeturas.

17. Un bestiario del pasado, presente y futuros animales

Se trata de un gran libro, un tesoro de animales reales, imaginarios y apócrifos. Con este libro, Próspero puede reconocer pumas y titíes y murciélagos frugívoros y mantícoras y dromedarios, el camaleopardo, la quimera y el catamorena.

18. El libro de las utopías

Se trata de un libro de sociedades ideales. Con la portada encuadernada en cuero dorado y el lomo en pizarra negra, tiene quinientas páginas, seiscientos sesenta y seis entradas indexadas y un prefacio de Sir Thomas More. La primera entrada es una descripción consensuada del Cielo y la última del Infierno. Siempre habrá alguien en la Tierra cuyo ideal utópico sea el Infierno. En las páginas restantes del libro se describen y evalúan todas las comunidades políticas y sociales conocidas y todas las imaginadas, y se dedican veinticinco páginas a tablas en las que se pueden aislar las características de todas las sociedades, lo que permite al lector clasificar y emparejar su propio ideal utópico.

19. The Book of Universal Cosmography

Full of printed diagrams of great complexity, this book attempts to place all universal phenomena in one system. The diagrams are etched into the pages -disciplined geometrical figures, concentric rings that circle and countercircle, tables and lists organised in spirals, catalogues arranged on a simplified body of man, who, moving, sets the lists in new orders, moving diagrams of the solar system. The book deals in a mixture of the metaphorical and the scientific and is dominated by a great diagram showing the Union of Man and Woman -Adam and Eve - in a structured universe where all things have their allotted place and an obligation to be fruitful.

20. Love of Ruins

An antiquarian's handbook, a checklist of the ancient world for the Renaissance humanist interested in antiquity. Full of maps and plans of the archaeological sites of the world, temples, towns and ports, graveyards and ancient roads, measurements of one hundred thousand statues of Hermes, Venus and Hercules, descriptions of every discovered obelisk and pedestal of the Mediterranean, street plans of Thebes, Ostia and Atlantis, a directory of the possessions of Sejanus, the tablets of Heraclitus, the signatures of Pythagoras; an essential volume for the melancholic historian who knows that nothing endures.

The book's proportions are like a block of stone, forty by thirty by twenty centimetres, the colour of blue-veined marble, chalky to the touch, with crisp, stiff pages printed in classical fonts with no W or J.

19. El libro de la Cosmografía Universal

Lleno de diagramas impresos de gran complejidad, este libro intenta situar todos los fenómenos universales en un sistema. Los diagramas están grabados en las páginas -figuras geométricas disciplinadas, anillos concéntricos que dan vueltas y contravueeltas, tablas y listas organizadas en espirales, catálogos dispuestos sobre un cuerpo simplificado de hombre que, moviéndose, coloca las listas en nuevos órdenes, diagramas móviles del sistema solar. El libro, en el que se mezclan lo metafórico y lo científico, está dominado por un gran diagrama que muestra la unión del hombre y la mujer -Adán y Eva- en un universo estructurado en el que todas las cosas tienen su lugar asignado y la obligación de ser fecundas.

20. Amor por las ruinas

Un manual de anticuario, una lista del mundo antiguo para el humanista renacentista interesado en la Antigüedad. Lleno de mapas y planos de los yacimientos arqueológicos del mundo, templos, ciudades y puertos, cementerios y antiguas calzadas, medidas de cien mil estatuas de Hermes, Venus y Hércules, descripciones de todos los obeliscos y pedestales descubiertos en el Mediterráneo, planos de las calles de Tebas, Ostia y Atlántida, un directorio de las posesiones de Sejano, las tablillas de Heráclito, las firmas de Pitágoras; un volumen esencial para el historiador melancólico que sabe que nada perdura.

Las proporciones del libro son las de un bloque de piedra, de cuarenta por treinta por veinte centímetros, del color del mármol vetado de azul, calcáreo al tacto, con páginas nítidas y rígidas impresas con fuentes clásicas sin W o J.

21. The Autobiographies of Pasiphae and Semiramis is a pornography

It is a blackened and thumbed volume whose illustrations leave small ambiguity as to the book's content. The book is bound in black calfskin with damaged lead covers. The pages are grey-green and scattered with a sludge-green powder, curled black hairs and stains of blood and other substances. The slightest taint of steam or smoke rises from the pages when the book is opened, and it is always warm - like the little heat apparent in drying plaster or in flat stones after the sun has set. The pages leave acidic stains on the fingers and it is advisable to wear gloves when reading the volume.

22. A Book of Motion

102

This is a book that at the most simple level describes how birds fly and waves roll, how clouds form and apples fall from trees. It describes how the eye changes its shape when looking at great distances, how hairs grow in a beard, why the heart flutters and the lungs inflate involuntarily and how laughter changes the face.

At its most complex level, it explains how ideas chase one another in the memory and where thought goes when it is finished with. It is covered in tough blue leather and, because it is always bursting open of its own volition, it is bound around with two leather straps buckled tightly at the spine.

At night, it drums against the bookcase shelf and has to be held down with a brass weight. One of its sections is called 'The Dance of Nature' and here, codified and explained in animated drawings, are all the possibilities for dance in the human body.

21. Las autobiografías de Pasífae y Semiramis son pornografía

Se trata de un volumen en miniatura, ennegrecido, cuyas ilustraciones dejan una pequeña ambigüedad en cuanto al contenido del libro. El libro está encuadernado en piel de becerro negra con cubiertas de plomo dañadas. Las páginas son de color gris verdoso y están salpicadas de un polvo verde fango, pelos negros rizados y manchas de sangre y otras sustancias. Cuando se abre el libro, sale de las páginas un ligero olor a vapor o humo, y siempre está caliente, como el calorcito que se aprecia en el yeso al secarse o en las piedras planas cuando se ha puesto el sol. Las páginas dejan manchas ácidas en los dedos y es aconsejable llevar guantes al leer el volumen.

22. Un libro del movimiento

Se trata de un libro que en el nivel más sencillo describe cómo vuelan los pájaros y se mueven las olas, cómo se forman las nubes y caen las manzanas de los árboles. Describe cómo el ojo cambia de forma al mirar a grandes distancias, cómo crecen los pelos de la barba, por qué el corazón aletea y los pulmones se inflan involuntariamente y cómo la risa cambia el rostro.

En su nivel más complejo, explica cómo las ideas se persiguen unas a otras en la memoria y adónde va el pensamiento cuando se acaba con él. Está forrado de resistente cuero azul y porque siempre está abierto de golpe por voluntad propia, está encuadernado con dos correas de cuero abrochadas firmemente en el lomo.

Por la noche, tambalea contra la estantería de la librería y tiene que ser sujetado con una pesa de latón. Una de sus secciones se titula "La danza de la naturaleza" y en ella, codificadas y explicadas en dibujos animados, están todas las posibilidades de la danza en el cuerpo humano.

23. The Book of Games

This is a book of board games of infinite supply. Chess is but one game in a thousand in this volume, merely occupying two pages, pages 112 and 113. The book contains board games to be played with counters and dice, with cards and flags and miniature pyramids, small figures of the Olympic gods, the winds in coloured glass, Old Testament prophets in bone, Roman busts, the oceans of the world, exotic animals, pieces of coral, gold putti, silver coins and pieces of liver. The board games represented in the book cover as many situations as there are experiences.

There are games of death, resurrection, love, peace, famine, sexual cruelty, astronomy, the cabbala, statesmancraft, the stars, destruction, the future, phenomenology, magic, retribution, semantics, evolution. There are boards of red and black triangles, grey and blue diamonds, pages of text, diagrams of the brain, Arabic carpets, boards in the shape of the constellations, animals, maps, journeys to Hell and journeys to Heaven.

24. Thirty-Six Plays

This is a thick, printed volume of plays dated 1623. All thirty-six plays are there save one - the first. Nineteen pages are left blank for its inclusion. It is called The Tempest. The folio collection is modestly bound in dull green linen with cardboard covers and the author's initials are embossed in gold on the cover - W.S.

23. El libro de los juegos

Este es un libro de juegos de mesa de oferta infinita. El ajedrez no es más que un juego entre mil en este volumen, ocupando apenas dos páginas: las 112 y 113. El libro contiene juegos de mesa para jugar con fichas y dados, con cartas y banderas y pirámides en miniatura, pequeñas figuras de los dioses olímpicos, los vientos en vidrios de colores, profetas del Antiguo Testamento en hueso, bustos romanos, los océanos del mundo, animales exóticos, trozos de coral, putti de oro, monedas de plata y trozos de hígado. Los juegos de mesa representados en el libro abarcan tantas situaciones como experiencias.

Hay juegos de la muerte, la resurrección, el amor, la paz, el hambre, la crueldad sexual, la astronomía, la cábala, la estadomanía, las estrellas, la destrucción, el futuro, la fenomenología, la magia, la retribución, la semántica, la evolución. Hay tableros de triángulos rojos y negros, rombos grises y azules, páginas de texto, diagramas del cerebro, alfombras árabes, tableros en forma de constelaciones, animales, mapas, viajes al infierno y viajes al cielo.

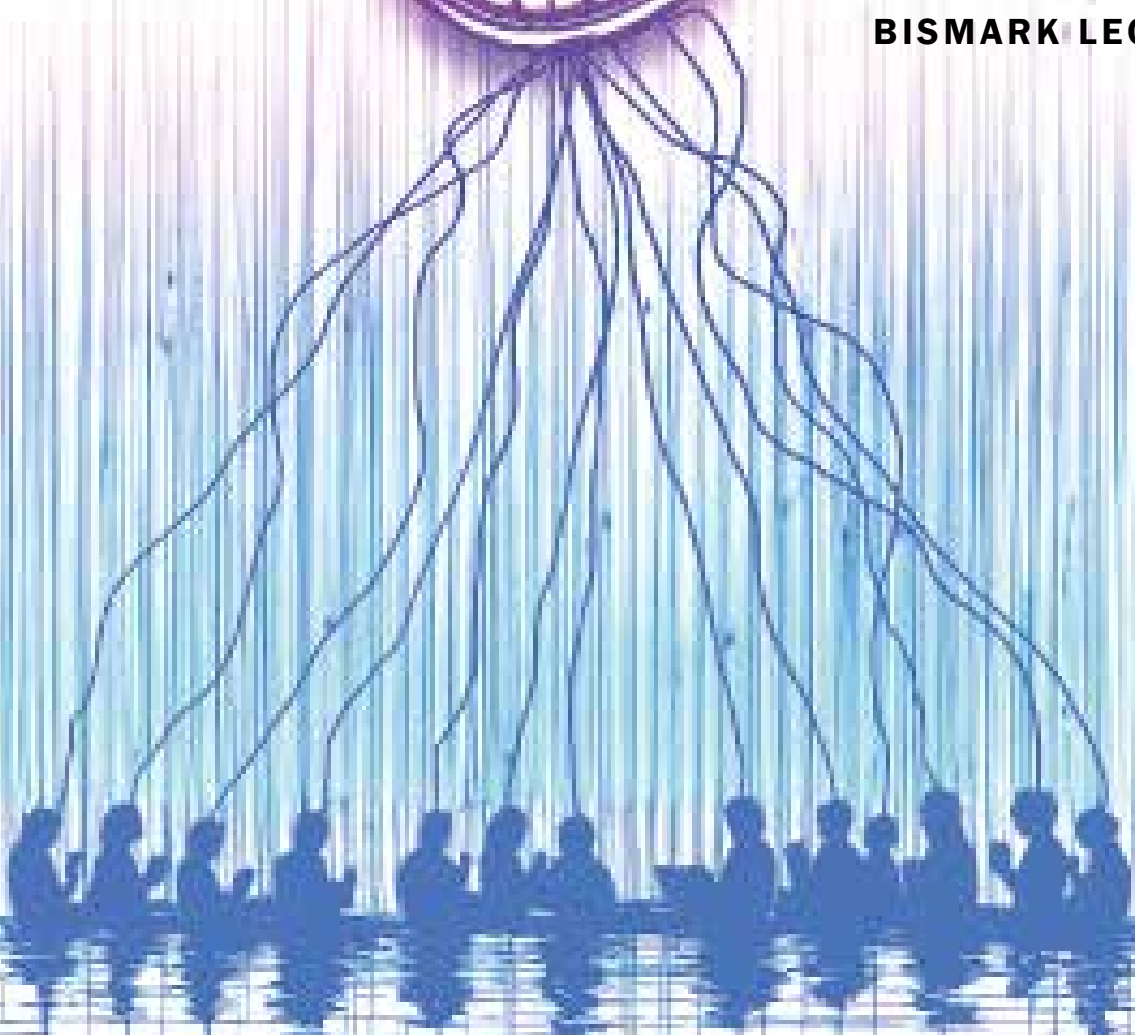
24. Treinta y seis obras de teatro

Se trata de un grueso volumen impreso de obras de teatro fechado en 1623. Se incluyen las treinta y seis obras excepto una, la primera. Se han dejado diecinueve páginas en blanco para su inclusión. Se titula La Tempestad. La colección en folio está modestamente encuadrada en lino verde apagado con tapas de cartón y las iniciales del autor están grabadas en oro en la cubierta: W.S.

ROO
KIES



BISMARCK LEÓN



Lenguaje de los sin-futuro

En ese futuro no habrá más futuro
Los sin-lenguaje estarán apretujados
La singularidad donde la palabra no cabe
Cubrirá cada punto conocido
No un agujero: la pura certidumbre del mutismo
No un gesto: el lenguaje desmenuzado hasta la inutilidad
aparente
Porque el lenguaje no será necesario: apenas la
corporalidad de los caídos

Las voces antes de apretujarse solo se desarmarán en una
sopa sinsentido
Que será el único sentido
Todos adorarán, en su irracionalidad, el ruido del fin
No habrá más opción:
Crear lo imposible con un lenguaje agónico pero explosivo
Y nacerán los primeros sin-futuro: omniscientes de los
cuerpos circundantes
Que no serán sino el mismo concepto de universo

En la singularidad ulterior, el lenguaje se torna un plasma
incomprensible:
Y el existencialismo no será posible porque el ruido último
será su verdugo
No habrá convención de intercambio, pero la libertad será
absoluta:
Pura incertidumbre en la pura certidumbre del mutismo
Entonces será cuando los sin-futuro también sean los sin-
lenguaje

Y la planicie de sus lenguas divagará, curvada, por el hielo
invisible



BISMARK LEÓN

Composición de Agonía

La geografía del silencio asciende
Por caminos de sombras rotas
Como espejos de cielo que regurgitan una sabana deslenguada
Y muchos se limpian de ella con artimañas
Hiladas con la seda que se hunde en la tranquilidad de los árboles
Criaturas sometidas por los músculos del río

En aquella orilla medito la armadura de la muerte
Mientras que, a mis espaldas, péndulos multicolores lloran su caída
Sobre el cosmos de su sangre: un mugido cercenado
Como un erizo malherido las ramas de sus lamentos
Brotan por claraboyas grasosas: un mugido que se come
Y mi padre detiene su bicicleta para señalarme
Que por esa meca revolotean todas las salivas
De esta ciudad anegada

Entonces se quema la seda de la tranquilidad:
Oteo la supervivencia de la locura

La locura de las reses es eclipsada
Por la neutralidad de esta estática irrespirable
Que serpentea por el trópico de dientes repletos de cansancio
Como si esperaran el ángulo correcto de la luz del Oeste

Los dientes no brillan porque la metamorfosis del silencio
huele a ventisca lesionada



¿Qué perciben las estrellas?

Un árbol en el vacío

T

GUILLERMO DOYLET

ratemos de recordar el día en que nos revelaron el truco para apreciar la magia del mundo que percibimos antes de tener más conciencia del momento que transitan todas las formas de vida. En ese instante anotamos en una hoja cómo funcionan los sentidos clásicos: vista, tacto, gusto, oído y olfato. Imaginemos ahora una noche peculiar cuando iniciamos la rutina que añoramos luego de una jornada pesada de trabajo: soltar el cable que nos mantiene en vertical para que lo horizontal nos regrese a nuestro estado de célula.

Primero cerramos nuestros párpados para descansar y dejar que la piel condicionada por cada papila gustativa de mortalidad decida cuánto abrigo necesitamos. Luego, sólo nos acompaña el espacio de nuestra memoria. La intensidad con la cual se combinen incontables pigmentos, texturas, especias y consonantes nos guiará al reloj más cercano para volver a contar.

Inercia e ingravidez: si algo no se mueve no se percibe. Desde el más añejo diamante hasta la joven corteza de un árbol nos recuerda que el movimiento de sus átomos les permite existir y en nuestro conocido universo, comprendemos que todo movimiento por mínimo que éste sea, ocasiona un sonido. Nuestros tímpanos no pueden reaccionar a la vibración del color galáctico que posee el iris de un ojo, pero ¿Quién puede mirarse frente a una gigante roja aceptando la escala y no cuestionarse la existencia?

Es posible que parezca arrogante resaltar la omnipresencia sonora en todas las artes que se deriven de las antenas sensoriales con las cuales una célula soñó alguna vez, pero, cada vez y en cada uno de los trazos imperceptibles que dibujen nuestras extremidades excitadas por la química reacción de una idea, puede que eso a lo que llamamos inmensidad imagine las cosquillas provocadas por la traviesa electricidad que armonicen las cuerdas que se recuerden cuando un árbol caiga en el vacío.

El sonido es la manifestación del movimiento en alguna antena perceptiva. El movimiento es consecuencia del sonido. Algo se mueve y suena por naturaleza intrínseca. Cuando algo se mueve se agitan las partículas de los estados conocidos de la materia en el cual sucede ese algo. Si algo se mueve en un medio gaseoso, ese algo agita en recurrente compresión y rarefacción las partículas invisibles del gas. Cuando hay un cambio constante de presión y rarefacción en las partículas de un medio gaseoso sucede el viento. El sonido es por naturaleza intrínseca sólo viento. El sonido se puede considerar como una escultura eólica. El sonido es otra forma de viento. El sopro estelar y su morfología eólica.

Si hacemos coincidir el límite de la yema de nuestros dedos con el límite de otro espacio de piel recibiremos la presión que responde al significado de tacto. Podríamos coincidir en que si el movimiento distante de las partículas en cualquier estado de la materia presionan la corteza que viste a cualquier figura con volumen también responde al significado de tacto. El sonido toca de manera física. El sonido es tacto a distancia.

El sonido es la repetición periódica y no periódica de un evento. Cualquier patrón que se repite en la naturaleza también se lo puede considerar como otra manifestación sonora. Fractales y no fractales. Entramados dimensionales sólo posibles por la corteza que viste cualquier morfología orgánica e inorgánica que componen un paisaje. Puntos sucesivos formando patrones reconocibles que erigen complejas combinaciones geométricas en el plano. El sonido también es el modesto garabato en un cueva de algún momento paleolítico de la misma manera en que el sonido son todos los garabatos ocasio-

nadas por los sucesos en las esferas desconocidas. El sonido también son los trazos en la arena que dibujan las especies antes de mezclarse con la espuma del mar. Sonido son los picos y valles del desierto, la hojarasca del bosque, los bloques de hielo, la forma de las nubes, las constelaciones, las gotas en un espejo, el encuentro de dos hormigas en la línea, la harina espolvoreada, la tinta en el nombre o el oxígeno inflando los pulmones. El sonido es un suspiro del universo. El sonido es un gesto de carbón en el lienzo. Todo aquello que implique movimiento en todas sus infinitas variantes es un sonido. La luz puede ser otra manifestación del sonido. La existencia de las partículas tiene forma de onda. Onda y partícula. Se puede decir que la velocidad de la luz es cómo se conoce a un sonido que toca, se ve, dibuja, mueve, sopla o suspira tan rápido que trasciende la concepción de velocidad aural. Pensar a la luz como consecuencia del movimiento. El sonido es movimiento. La luz es tan sólo la manifestación de un sonido que sucede fuera de nuestro cómodo reloj. El sonido es luz. La luz es sonido.

Si cae un árbol en el bosque y no hay nadie que lo oiga ¿Habría sonido? Podemos coincidir en que el sonido es: movimiento, tacto a distancia, viento, trazo, intención y luz ¿Sucedía el sonido cuando un árbol suelta el cable que lo conserva en vertical dentro de variados dibujos arbóreos de átomos en intrínseco movimiento? Quizás la respuesta coincidente es sí. Si el árbol evidencia movimiento o si las partículas tocan la corteza de todo aquello que constituya el bosque o si el árbol dibuja figuras con las partículas del medio en que sucede, entonces, sí hay sonido. No ponemos en duda la existencia del árbol ni la del bosque, al igual que no deberíamos poner en duda la existencia del sonido en ese escenario sin audiencia.

Aceptando que el dibujo de un átomo suena ¿A qué suena el árbol? ¿A qué desea sonar el árbol? ¿Hay sonido cuando un árbol sucede en el vacío? ¿Qué perciben las estrellas? Quizás las estrellas perciban un primordial movimiento de 0.1 Hz., o quizás sólo perciban los cromatóforos de las cortezas que posibilitan toda forma espacial. La huella bioacústica de la conciencia.



JULIANA DE MEDIA NOCHE

ALEXIA CASTRO



El revólver reposaba bajo mi chaqueta, esperando el momento.

En la esquina podía ver la figura femenina caminando en mi dirección. Su sonrisa me daba náuseas y me ponía nerviosa.

—Hola, Juliana—dijo cuando se encontraba a unos pasos de mí—. El malecón se ve hermoso esta noche, ¿no crees?

Ella sabía que me daba miedo estar allí. Sabía de mi fobia por el mar, pero era el único lugar donde, tal vez, podría deshacerme de ella.

—Veo que no hablas —hizo un puchero—. Quizás por eso tus amigos me prefieren.

Cuando intentó dar un paso más, saqué la pistola y apunté a su cabeza.

—¿Nos conocimos antes? —dije.

—Mmm... No lo sé —sonrió con picardía—. Te he visto toda mi vida.

—¿Y por qué yo nunca?

—Sí lo has hecho, tontita —su risa me hizo asegurar el arma—, sólo que nunca te diste cuenta de que estaba allí.

—Eso no es cierto.

—Sí lo es —frunció los labios—. Cada vez que fracasas, estoy allí para corregir tus errores.

—¡No es cierto!

—¡Por Dios, Juliana! —la mujer puso los ojos en blanco—. ¿En serio te creíste tan inteligente?

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas mientras ella se acercaba.

—Cuando casi te quedas sin hogar, cuando te internaron en ese hospital... —hizo una pausa para reírse—. ¿Crees que tú lo resolviste?

La sonrisa de la mujer se amplió. Sujetó mi mano armada, empujándola hacia abajo y dejándome vulnerable a sus acciones. Temblaba ante lo familiar de sus manos. Cerré los ojos. Podía sentir su aliento en mi cabello.

—Sin mí no eres nadie —susurró mientras acariciaba mi brazo—, y lo sabes bien.

—¡No! —puse distancia entre nosotras—. ¡Dime quién eres! ¿Por qué te ves igual a mí?

—Escogiste el malecón. ¿Piensas que el mar te ayudará a esconder mi cadáver? —peló los ojos, en forma de burla—. Has visto mucho YouTube, querida.

—¿Por qué tienes mi cara? —me traspiraban las manos y el rostro. Me sentía dentro de una olla de presión, a punto de reventar.

—Nunca te acuerdas de que existo hasta que quieres deshacerte de mí.

La mujer se quedó callada y se volteó hacia el mar. Observó las olas, disfrutando su movimiento.

—¿Cuándo va a terminar todo esto? —sacudí el arma, mientras le apuntaba.

Ella sonrió, y volvió a mirarme. Sus ojos expresaban cierta melancolía.

—Vamos, Juliana —comentó la mujer, relajada—. Tú sabes bien cuándo termina.

—¡Juliana! ¡Baja el arma!

Volteé hacia la voz.

Una mujer vestida de blanco. De pies a cabeza. Parecía un ángel en medio de la noche. Sabía que la conocía, pero no estaba segura de dónde.

—Tengo que matarla... —volví a mirar a aquella mujer igual a mí.

Ella avanzó y colocó su frente contra el cañón de la pistola.

—Vamos, Juliana, hazlo —susurró—. No seas cobarde por una vez en tu vida.

—¡Por favor, Juliana! —escuché al ángel gritar— ¡Ésta no es la solución!

—¡Tengo que matarla! —mis lágrimas fluían sin cesar.

El rostro del ángel irradiaba una belleza inocente, con rasgos suaves, ojos brillantes y sonrisa serena. Otros dos ángeles blancos venían con ella.

Cuando devolví la mirada a la impostora, no había nadie.

El indiferente cañón de la pistola me rozaba la oreja.

—Juliana, tienes mucho por qué vivir —el ángel se acercó—. Regresemos.

Vamos Juliana, aprieta el gatillo. No volverás a sufrir nunca.

Las palabras resonaron en mi mente, mientras luchaba contra el caos.

Con un suspiro, lleno de angustia, bajé lentamente el brazo y dejé caer el arma.

—No. Tú no eres yo —dije a la nada.

Las lágrimas ya empañaban mi realidad, mientras dejaba que la aparición me abrazara.

—No sé qué hacer...

—No te preocupes —dijo el ángel, sobándome el cabello—. Vamos, ¿sí?

Con un gesto vacilante, asentí y caminé acompañada por la mujer de blanco, y mis guardianes, dejando atrás la sombra de la muerte y la mentira.

Aunque no para siempre.

Ella siempre regresaba.

Carlos Rojas

(Guayaquil, 1941-2019). Semiólogo dedicado a las ficciones literarias. Al iniciar la última década del siglo XX conmocionó el ambiente cultural al editarse en la colección Metáfora de Editorial El Conejo, un poemario de ciento cincuenta páginas que marcó época. Fue de los primeros en publicar extensos ensayos, en revistas culturales, en las que explicaba con solvencia la diferencia entre semiótica y semiología.

Raúl Serrano

(Arenillas, 1962). Ha publicado los cuentarios: *Los días enanos* (1990); *Las mujeres están locas por mí* (1996, Premio Ismael Pérez Pazmiño, Guayaquil, Diario El Universo, y Premio Joaquín Gallegos Lara, Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 1997). En 2002 editó con la Casa de la Cultura Ecuatoriana *Pedro Jorge Vera: Los amigos y los años* (Correspondencia, 1930-1980), y en 2009 *Poesía reunida de Hugo Mayo*. A finales de 2009 publicó el ensayo *En la ciudad se ha perdido un novelista. La narrativa de vanguardia de Humberto Salvador*; en 2012 la selección *Rondando a J.J. Tributo a Julio Jaramillo Laurido y Solo ella se llama Marilyn Monroe*; en 2013 la antología temática: *Cuerpo adentro. Historias desde el clóset*. Integra el Consejo Editorial de la revista *Eskeletra* y es editor de *Kipus: revista andina de letras*.

Sebastián Silcaza

(Guayaquil, 1991). Tras dejar una carrera universitaria al cuarto año, se mudó a Buenos Aires. Allí terminó una tecnicatura en periodismo. Nunca lo ejerció. Después de siete años se trasladó a Barcelona y se dedicó a escribir. A mediados de 2021 su relato "Un pueblo mejor" quedó finalista en la IV Edición del Premio de Periodismo Literario

organizado por la editorial Angle y la Universidad Autónoma de Barcelona. El odio imposible es su primera novela.

Umberto Eco

(1932-2016). Medievalista, filósofo, semiólogo, novelista, crítico cultural y comentarista político y social italiano. Es más conocido por su popular novela de 1980 *El nombre de la Rosa*, un misterio histórico que combina la semiótica en la ficción con el análisis bíblico, los estudios medievales y la teoría literaria, así como por *El péndulo de Foucault*, su novela de 1988 que toca temas similares.

Abdón Ubidia

(Quito, 1944). Es narrador, ensayista, antólogo, investigador y crítico. En la década de los sesenta fue parte del grupo literario *Los Tzántzicos*; posteriormente fue miembro del consejo editorial de la revista *La Bufanda del Sol* y en los ochenta dirigió la revista cultural *Palabra Suelta*. Fue director general de editorial El Conejo. Sus obras han merecido numerosos premios y reconocimientos, como el Premio Nacional José Mejía Lequerica en cuento (1979) y novela (1986), el Premio Joaquín Gallegos Lara (2004), y en el año 2012 fue galardonado con el Premio Nacional Eugenio Espejo por su trayectoria literaria. Su novela corta *Ciudad de invierno* supera ya las veintidós ediciones. Entre otros títulos ha publicado *El palacio de los espejos*, *Antología del cuento ecuatoriano contemporáneo* y una obra crítica acerca de las corrientes narrativas del país *El cristal con que se mira*. Ubidia se mantiene activo en su labor creativa y comprometida, por eso se lo considera uno de los escritores más importantes de la literatura contemporánea ecuatoriana, digno de recomendación. Algunas de sus obras han sido traducidas al inglés, francés, alemán, ruso, italiano y griego.

Maritza Cino

(Guayaquil, 1957) Poeta ecuatoriana. Creció con

sus abuelos a raíz del divorcio de sus padres. Sus abuelos eran originarios del pueblo calabrés de Santa Doménica Talao, pero se habían trasladado a Sudamérica a causa de la Primera Guerra Mundial. Obtuvo el título de Licenciada en Lengua Española y Literatura en la Universidad Católica Santiago de Guayaquil. Además tiene un Diplomado en Educación Superior en la Universidad Casa Grande de Guayaquil. Ha sido catedrática de las universidades Estatal, Católica y Politécnica de Guayaquil. Sus textos se han publicado en revistas literarias nacionales y en sitios de Internet estadounidenses. Entre sus obras publicadas: Algo parecido al juego (1983), A cinco minutos de la bruma (1987), Infiel a la sombra (2000) y Cuerpos guardados (2008).

Gabriel García Márquez

(Aracataca, Colombia, 1927 - Ciudad de México, 2014). Escritor y periodista colombiano, reconocido por sus novelas y cuentos. También escribió narrativa de no ficción, discursos, reportajes, críticas cinematográficas y memorias. En 1982 recibió el Premio Nobel de Literatura «por sus novelas e historias cortas, en las que lo fantástico y lo real se combinan en un mundo ricamente compuesto de imaginación, lo que refleja la vida y los conflictos de un continente». Junto a Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Carlos Fuentes, fue uno de los exponentes centrales del *boom* latinoamericano. También está considerado uno de los principales autores del realismo mágico, y su obra más conocida, la novela Cien años de soledad, es considerada una de las más representativas de esa corriente literaria, e incluso se considera que se debe al éxito de la novela el hecho de que el término se aplique a la literatura surgida a partir de 1960 en América Latina.⁸⁹ En 2007 la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española publicaron una edición popular conmemorativa de esta obra, por considerarla parte de los grandes clásicos hispánicos de todos los tiempos.

Nicanor Parra

(San Fabián de Alico, 1914 - La Reina, Santiago, 2018) fue un poeta, profesor, físico e intelectual chileno, cuya obra ha tenido una profunda influencia en la literatura hispanoamericana. Considerado el creador de la antipoesía, es para muchos críticos y autores connotados, tales como Harold Bloom, Niall Binns o Roberto Bolaño, uno de los mejores poetas de Occidente. Recibió el Premio Nacional de Literatura (1969) y el Premio Miguel de Cervantes (2011), entre otras distinciones, además presuntamente llegó a ser candidato del Premio Nobel de Literatura en 1995, 1997 y 20017 (dicha candidatura aún no es confirmada por la Academia Sueca).

Peter Greenaway

(Newport, 1942). Director de cine británico, cuya formación se dio en las artes plásticas, específicamente en la pintura. Peter Greenaway se formó como pintor y empezó a trabajar como montador de cine para la Oficina Central de Información en 1965. Poco después empezó a hacer sus propias películas. Ha producido multitud de cortometrajes y largometrajes, pero también pinturas, novelas y otros libros. Entre sus filmes: *The Falls* (1980), *El contrato del dibujante* (1982), *A Zed & Two Noughts* (1985), *El vientre del arquitecto* (1987), *Los libros de Prospero* (1991), *Nightwatching* (2007), *Rembrandt's J'Accuse* (2008), *Eisenstein en Guanajuato* (2015).

Guillermo Doylet

(Guayaquil, 1982). Biólogo, con una Maestría en Comunicación Pública de Ciencia y Tecnología y un Diplomado en Artes Sonoras. Desde 2007 trabaja como docente en Espol, responsable de las asignaturas de sonido y, desde 2019, encargado del módulo de Recursos Sonoros y Musicales de la Maestría en Postproducción Digital Audiovisual. Publica sus variadas composiciones en distintas plataformas musicales y audiovisuales bajo seudónimo o avatar performático de *Droide Zen*.

Denisse Córdova

(Guayaquil, 1985) Artista audiovisual, actriz y bailarina. Realizó sus estudios de Diseño y Producción Audiovisual en la Espol. Inicia su contacto con las artes escénicas en el grupo de teatro de dicha institución dirigido por José Martínez Queirolo. Con esta agrupación representa a la universidad en escenarios locales e internacionales. Fue alumna de Lucho Mueckay y Omar Aguirre, con quienes ha participado en diversos montajes. Co-fundadora y miembro activo del *Teatro Onírico de la Niña*. Exploradora de diversos ámbitos del arte, bajo el seudónimo *Eres un ser extraño*.

Alexia Castro

(Manta, 2001). Desde pequeña mostró interés por la literatura, participando en concursos Nacionales e Internacionales de redacción y lectura en los cuales quedó como finalista. Posteriormente, durante los tres años de bachillerato participó como miembro activo del Periódico Escolar de la *Unidad Educativa Stella Maris*, recibiendo un reconocimiento por su labor en el año 2019. Desde 2016 hasta la actualidad ha publicado historias de manera anónima en diversas páginas de internet. Estudia Diseño Gráfico en Espol.

Miguel Castillo

(Guayaquil, 1952). Estudió en la Escuela Municipal de Bellas Artes de su ciudad natal. Director de los Talleres Gráficos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana. Integró el taller de literatura *Esferaimagen*. Fue incluido en la antología Bajo la Carpa (Guayaquil, CCENG, 1981). Autor del libro de cuentos *Buhardilla* (Guayaquil, CCENG, 1983). Falleció en Guayaquil en 2020 debido a la pandemia del COVID 19. La novela *Sobre bicicletas, calles y lunas* (cuyos capítulos publicamos en este número) fue editada de manera póstuma por la CCENG en 2021.

Luis Aguilar

(Cuenca, 1942). Profesor emérito de *Hanover College* en Indiana, Estados Unidos. Tiene un PhD en Lenguas y Culturas Hispánicas de la Universidad de U.C.L.A. y en Ciencias Políticas de California Coast University. Maestrías en Estudios Latinoamericanos de U.C.L.A. y en Relaciones Internacionales de *The Claremont Graduate School*. Es miembro de Número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. Miembro Correspondiente de la Real Academia Española. Ha publicado más de treinta libros en español e inglés entre antologías, cuentos, ensayos, minirrelatos, novela y más de sesenta y cinco artículos de crítica literaria y política en diversos países. Ha dictado conferencias en Estados Unidos, Europa y Latinoamérica. Ha recibido los premios Hermano Miguel, Fray Vicente Solano y Daryl R. Karns.

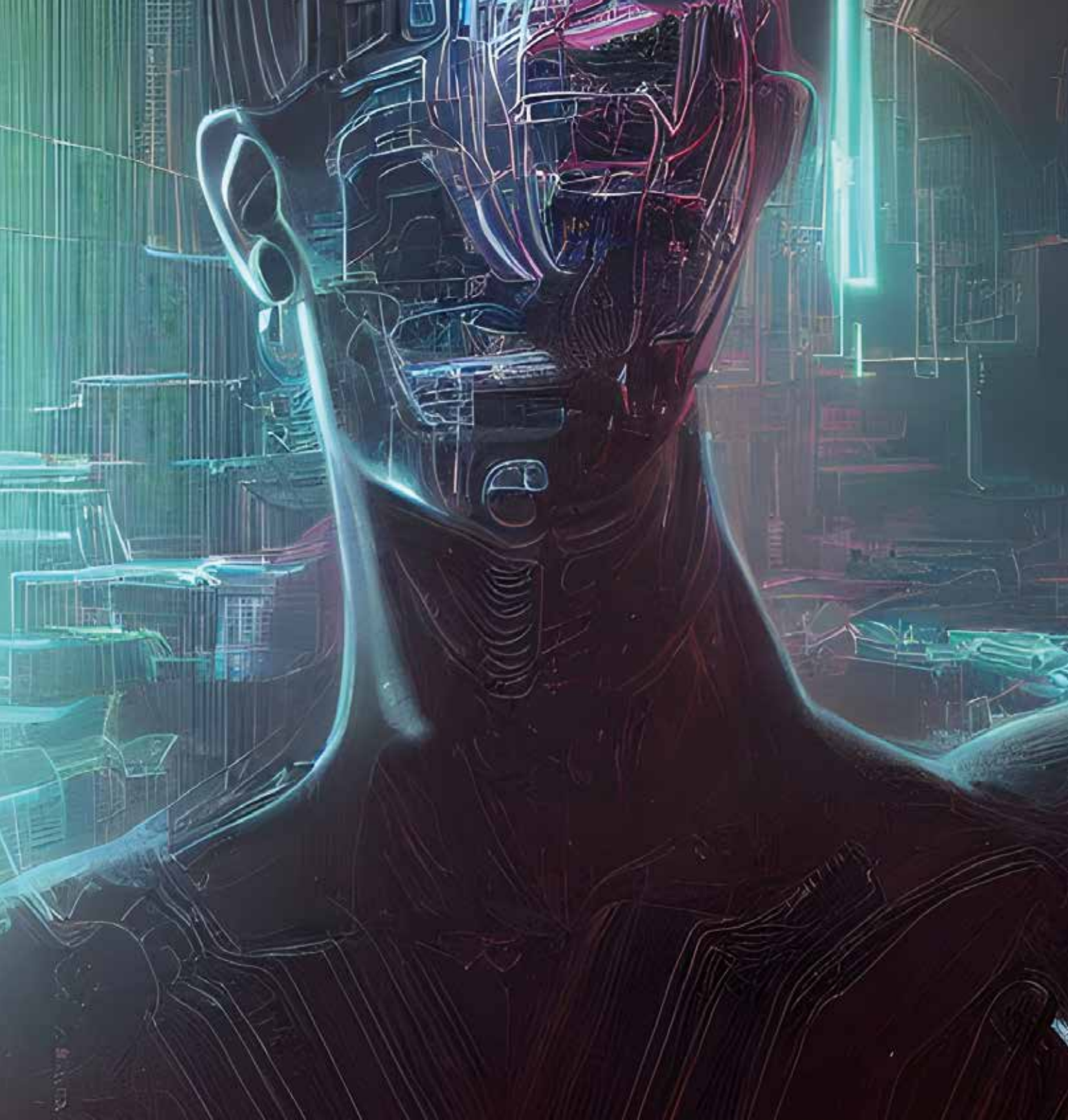
Bismark León

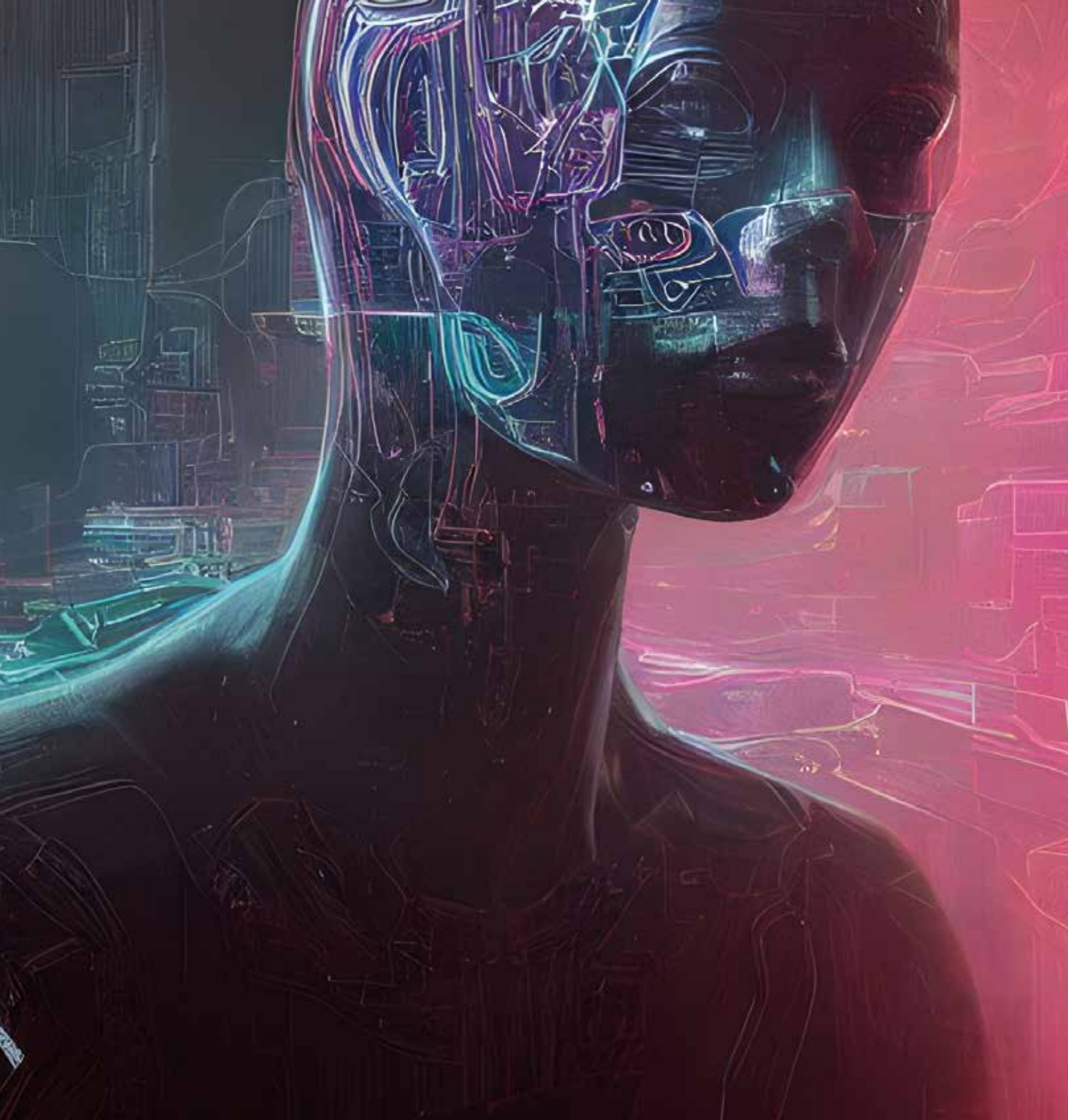
(Babahoyo, 1992). Escritor. Licenciado en Comunicación Social y Literatura (UCSG). Su tesis de grado explora el fenómeno metaficcional alrededor de imaginarios sociales en la novela *La desfiguración Silva*, de Mónica Ojeda.

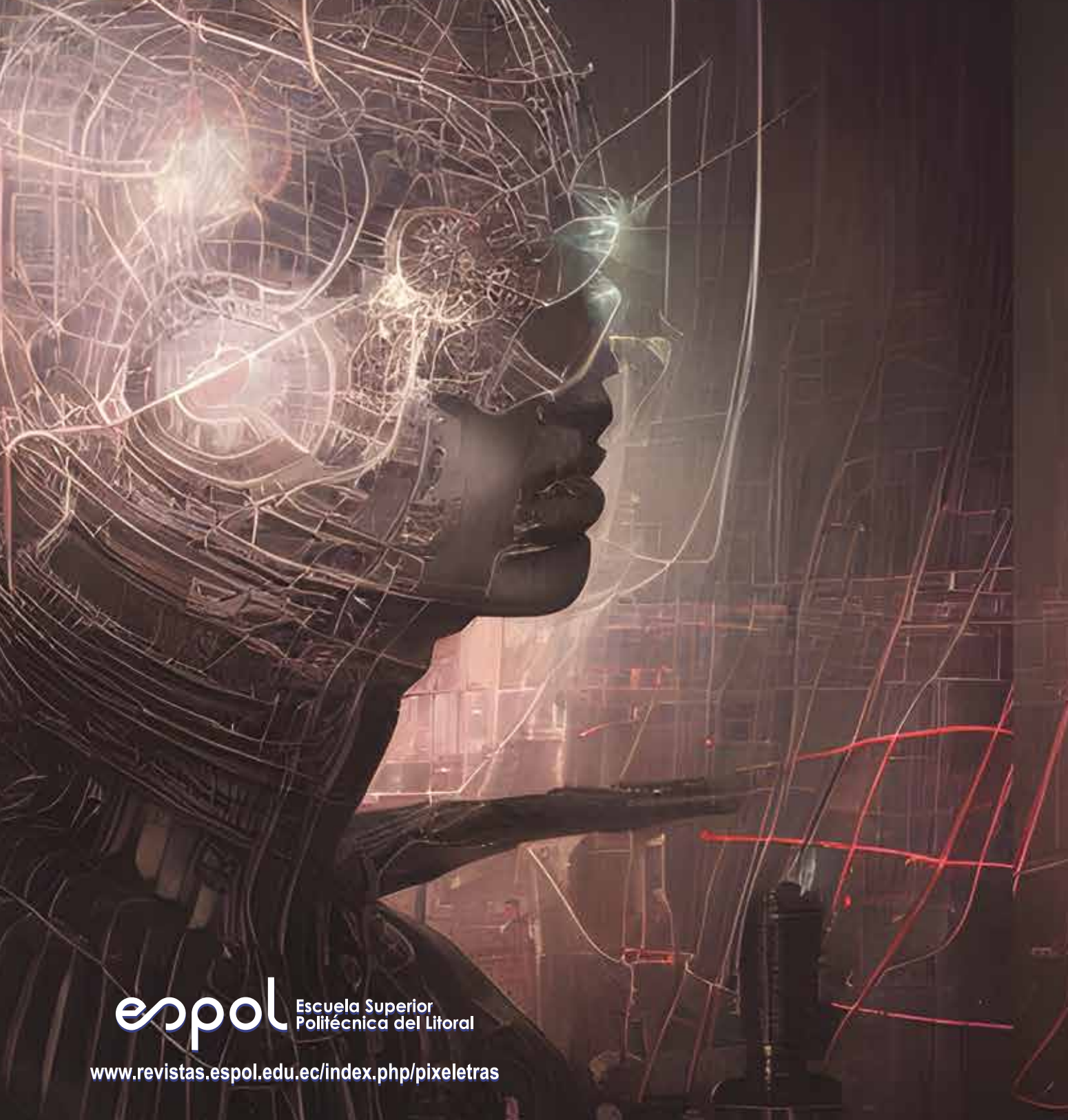
Lorrie Moore

(Glen Falls, New York, 1957). Una de las narradoras norteamericanas más importante de las últimas décadas. Su primer libro *Auto-ayuda* (1985) fue su tesis de maestría en la Universidad de Cornell lo que le significó buenas críticas por su humor paródico al tomar el estilo de los libros de auto-ayuda de la época. Ha ganado el *National Endowment for the Arts award*, 1989; la beca de la *Rockefeller Foundation*, 1989; la beca *Guggenheim*, 1991; y el prestigioso premio *O. Henry*, que le fue concedido en 1998. Ese mismo año, *Pájaros de América* se convierte en *bestseller* del *New York Times* y es considerado en la actualidad un clásico del género. Mientras que *Además, eres feo*, uno de sus relatos más celebrados en su país, fue incluido entre Los mejores cuentos americanos del siglo, editado por John Updike.









espol

Escuela Superior
Politécnica del Litoral

www.revistas.espol.edu.ec/index.php/pixelettras